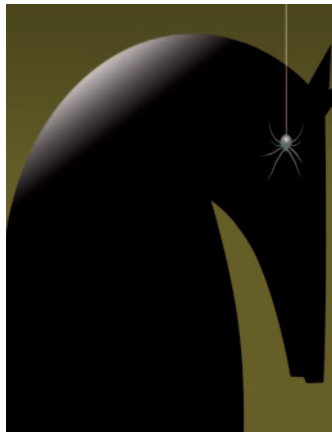






El Mar en Ruinas



Primera edición en REINO DE CORDELIA, mayo de 2026

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

 @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia


 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

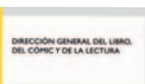
C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© David Torres, 2005

Ilustraciones: © Federico del Barrio, 2026



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura

IBIC: FA | Thema: FBA

ISBN: 979-13-87599-46-1

Depósito legal: M-10982-2026

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

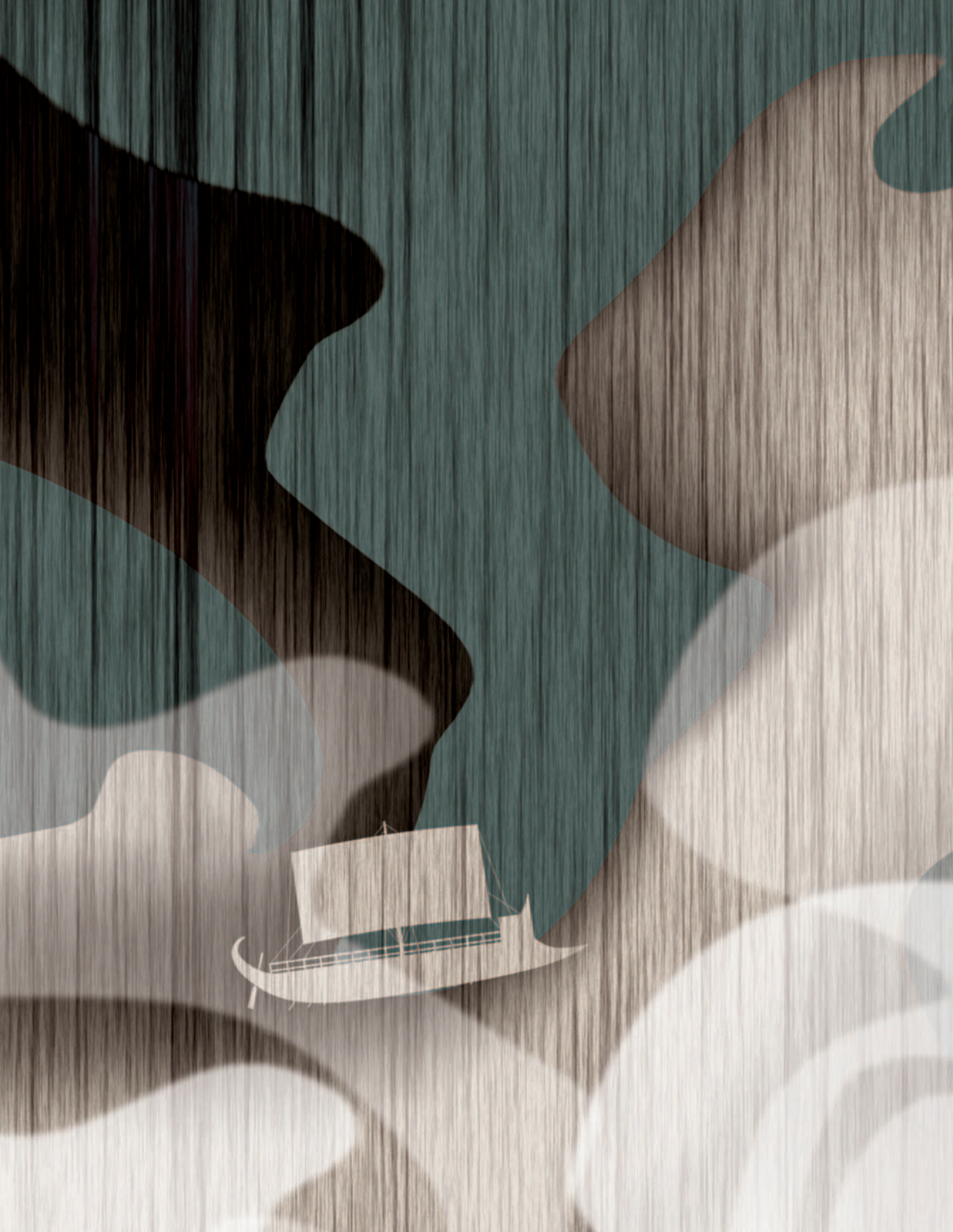


El Mar en Ruinas

David Torres

Ilustraciones de Federico del Barrio







Índice

<i>Preludio a esta edición</i>	9
EL MAR EN RUINAS	13
<i>Elenco</i>	19
☼ LEVANTE	33
☼ LAS TELAS DE PENÉLOPE	45
α El mecanismo de la marea	47
β La infancia de Telémaco	75
γ En el puerto de los brazos de Circe	93
δ La piedra de sacrificios	111
ε La sangre de Helena	131
ζ Cantos de sirenas	143
η Los muros de Cronos	157
θ Los frutos del árbol	173
ι El centro de la tela	199
κ La necesidad de las anclas	229
λ La lira de Orfeo	255
μ El último banquete	285
☼ PONIENTE	305





Preludio

CREO RECORDAR que la primera idea de esta novela —el primer golpe de remos, por así decirlo— nació de una imagen que me cayó encima durante una clase de literatura en la Universidad Autónoma de Madrid. Fue durante los años finales de la carrera de Filología Hispánica, quizá en un curso de Doctorado que luego no terminé. Yo estaba medio adormilado y, al cerrar los ojos, vi en una especie de ensueño la nave de Odiseo rumbo a Troya que se cruza con la barca del viejo Odiseo de regreso a Ítaca. Hay al menos dos décadas de distancia entre esas dos embarcaciones: los diez años de guerra contra los troyanos y los otros diez de navegaciones por el Mediterráneo, luchando contra divinidades, monstruos, tempestades y tentaciones eróticas. El mar como espejo, el mar como espejo del tiempo.

Odiseo, el astuto, fue el artífice de la victoria final al urdir la artimaña del enorme caballo de madera que albergaba en sus entrañas al ejército griego, un episodio que queda fuera de la *Ilíada* y que se narra de forma retrospectiva en el canto VIII de la *Odisea*. Al contrario que otros grandes héroes de la contienda troyana —Aquiles, Héctor, Ajax el Grande— Odiseo no solo había sobrevivido a la campaña bélica, sino también al destino trágico que acabó por distintos motivos con Agamenón y con Ajax el Pequeño, entre otros. La accidentada historia del protagonista concluye con el regreso a Ítaca y la matanza de los pretendientes, pero yo no era el primero que veía en ese final

otro punto de partida: Kazantzakis escribió un poema, su propia *Odisea*, una fabulosa composición de 33.333 versos, unas tres veces más larga que la original de Homero. Por aquel entonces, yo ignoraba por completo la existencia de este monumento literario, lo que probablemente me habría ahorrado emprender la escritura de *El mar en ruinas*.

Lo que me impulsó a escribirla fue, más aún que el personaje de Odiseo, la figura de Penélope esperando en Ítaca junto a su hijo Telémaco mientras teje sus telas para dilatar el asedio de los pretendientes. Para ganar tiempo, la reina de Ítaca desteje por la noche lo que ha tejido durante el día, de modo que yo decidí que en aquellas telas ella iba escribiendo la historia de su marido, primero peleando en la guerra de Troya, después acosado por Poseidón, perseguido por caníbales y remoloneando con ninfas y hechiceras. Al convertir a Penélope en narradora, supe que había dado con el tono de la novela, una voz femenina que venía envuelta no solo en las lecturas de Homero o de Virgilio, sino también de ciertas páginas de Cunqueiro, de Torrente Ballester, de John Barth, de José Ángel Valente, de Laura Riding y, sobre todo, de las *Metamorfosis* de Ovidio, el gran poema mitológico de la literatura latina.

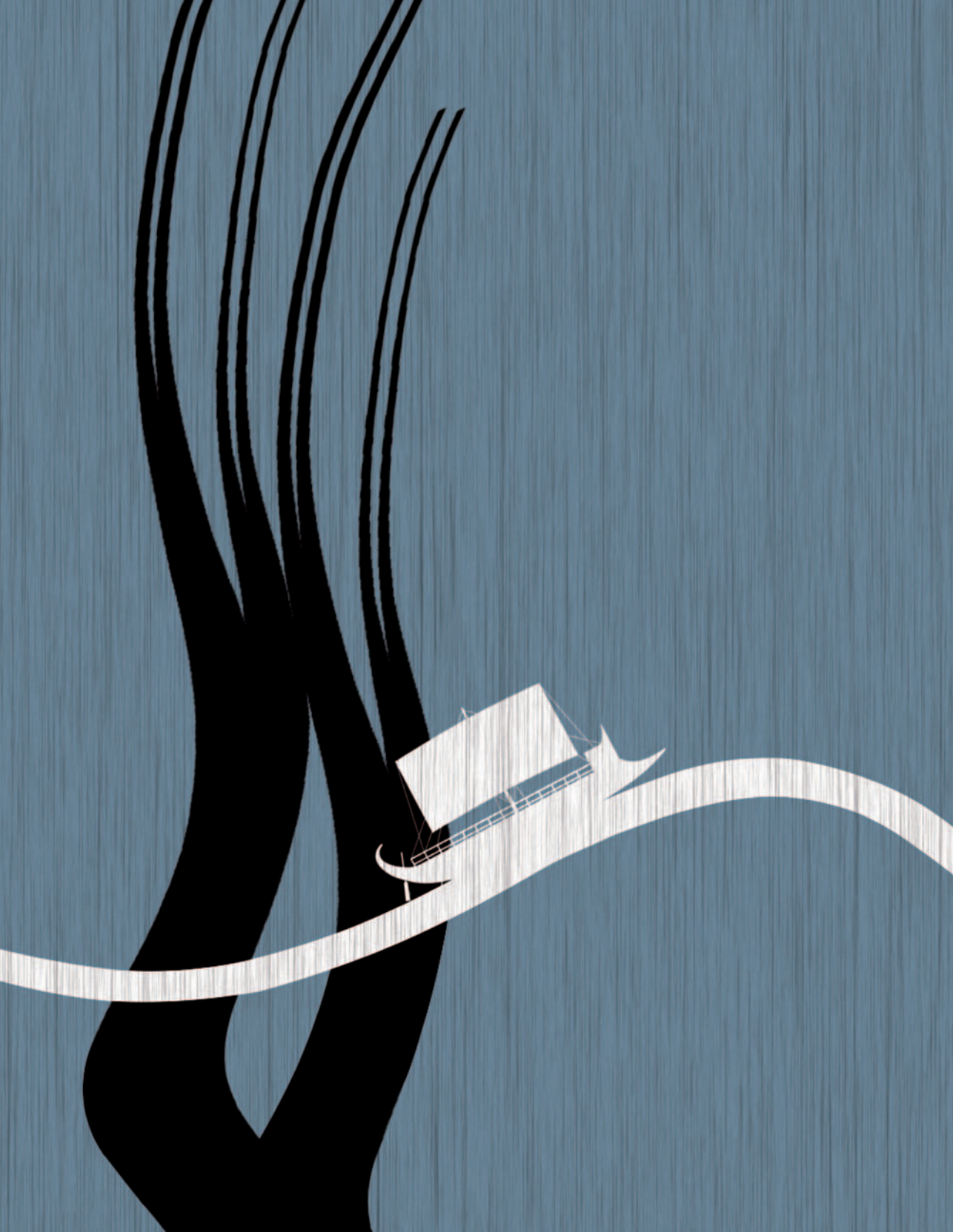
«Yo tenía que haberle advertido del peligro de inventarse historias, porque nadie, créeme, nadie puede inventar una historia que no sea la suya propia», dice Penélope al comienzo del reencuentro de Odiseo y Circe, una advertencia que por desgracia tampoco me tomé muy en serio. Veinte años después de la publicación de *El mar en ruinas*, como si obedeciera el ritmo de los compases homéricos, yo mismo estaba otra vez solo, perdido en el océano del tiempo después de haber abandonado a todas mis mujeres. Peor aún, mi gran amigo, Jesús Urceloy, a quien en la novela le di el papel de Urcelas, había terminado por quedarse ciego, siguiendo el destino de los bardos griegos y del propio Homero. No es pequeña ironía el que estos terribles armónicos suenen ahora entre las páginas de esta magnífica reedición de Reino de Cordelia ilustrada por Federico del Barrio.

Aunque no tuve que reescribirla siete veces, como Kazantzakis su *Odisea*, *El mar en ruinas* me llevó media vida y el capítulo que más me costó, hasta el punto de embarrancar en él durante años, fue el descenso a los infiernos de Odiseo guiado por la cabeza decapitada de Medes. Cuando puse punto

final, mi padre todavía salía a pescar de vez en cuando en las aguas familiares de Motril y mi madre seguía haciendo punto como había hecho desde niña. Pensé que era justicia poética dedicarles la novela, aunque ninguno tuviera mucha idea de quiénes eran Odiseo y Penélope. Veinte años después mi padre ya no está entre los vivos y mi madre apenas puede coger unas agujas de tejer entre sus dedos, pero fueron ellos quienes me descubrieron el mar y las telas que cobran vida. El mar como espejo, el mar como espejo del tiempo.

D. T.

Madrid, 14 de abril de 2026





El Mar en Ruinas





A mi padre, que inventó el mar.
A mi madre, que lo sigue tejiendo.



Y los moluscos, reminiscencias de
mujeres.

RUBÉN DARÍO

Cuando dejó la playa, la mar aún
seguí siendo la misma.

DERECK WALCOTT



Elenco

(Excepto los señalados en cursiva, todos los personajes pertenecen a la tradición homérica)

- ☛ **Acteón.** Cazador que un día vio a Artemisa desnuda mientras ella se daba un baño. La diosa lo transformó en ciervo y Acteón murió devorado por sus perros.
- ☛ **Afrodita.** Diosa griega de la belleza, hija de Zeus y de Dione, aunque otra tradición refiere que nació de la espuma del mar. Paris la eligió como la diosa más bella y ella, en agradecimiento, le entregó a Helena, provocando así la guerra de Troya. (v. **Helena**).
- ☛ **Agamenón.** Rey de Micenas, hijo de Atreo, hermano de Menelao. El más poderoso de los caudillos griegos y el jefe supremo del ejército en la guerra de Troya. A su regreso de la guerra, fue asesinado por Egisto, el amante de su esposa Clitemnestra.
- ☛ **Alcinoo.** Rey de los feacios, padre de Nausica. Ofreció hospitalidad a Odiseo en su viaje de regreso a Ítaca.
- ☛ **Andrómaca.** Esposa de Héctor, madre de Astianacte.
- ☛ **Amazonas.** Tribu de mujeres guerreras que venían de Asia Menor. En tiempos de la guerra de Troya, se aliaron con el rey Príamo. Su reina, Pentesilea, fue muerta por Aquiles.
- ☛ **Anfímenos.** Anciano itacense, médico personal de Penélope.
- ☛ **Antínoo.** El más insolente y audaz de los pretendientes. (v. **Pretendientes**).
- ☛ **Antipas.** El comerciante más rico de Ítaca. Padre de Ixieme, esposa de Licinia, hermano del difunto Antínoo, Antipas fue amnistiado por el rey de Ítaca junto a otros muchos familiares de los pretendientes tras la matanza. (v. **Pretendientes**).

- ☛ **Apolo.** Dios griego del sol y de la belleza, hijo de Zeus y de Leto, hermano gemelo de Artemisa.
- ☛ **Aqueronte.** Río de los infiernos (v. **Hades**).
- ☛ **Aqueos.** Una de las antiguas tribus griegas que comprendía el grueso de la expedición contra Troya. Por extensión, los griegos.
- ☛ **Aquiles.** El más grande de los guerreros griegos en el sitio de Troya. Jefe de los mirmidones, hijo de Peleo y de la ninfa Tetis. Enemistado con Agamenón, su retirada envalentonó a los troyanos, que, conducidos por Héctor, estuvieron a punto de ganar la guerra. La muerte de su compañero Patroclo provocó su regreso al campo de batalla donde aterrizó a las huestes troyanas y mató a Héctor. Poco después, fue muerto de un flechazo por Paris.
- ☛ **Aracne.** Joven lidia, muy hábil en el arte textil. Desafió a Atenea en una competición de tapices y en castigo a su osadía, la diosa la transformó en araña.
- ☛ **Ares.** Dios griego de la guerra, hijo de Zeus y de Hera.
- ☛ **Argonautas.** Grupo de héroes griegos, conducidos por Jasón, que emprendieron un largo viaje hasta la Cólquide para rescatar el Vello de Oro. Entre ellos estaban Heracles, Teseo y Orfeo. (v. **Jasón** y **Vello de oro**).
- ☛ **Ariana.** Sacerdotisa del templo de Atenea en la isla de Circe.
- ☛ **Artemisa.** Diosa griega de la caza y de la luna, hija de Zeus y de Leto, hermana gemela de Apolo. Se consagró a la virginidad y era numen protector de la pureza y la castidad.
- ☛ **Astianacte.** Príncipe troyano, hijo de Andrómaca y de Héctor, nieto de Príamo. Murió siendo todavía un niño, arrojado desde lo alto de las murallas de Troya por orden de Odiseo.
- ☛ **Atenea.** Diosa griega de la sabiduría, la inteligencia y las artes, hija de Zeus y de Metis. Nació armada directamente del cráneo de su padre Zeus. Por su ingenio y astucia, Odiseo era su favorito entre todos los héroes griegos.
- ☛ **Átridas.** Los dos hijos de Atreo, Agamenón y Menelao.

- ☞ **Autólico.** El impostor más hábil de la Antigüedad, padre de Laertes, abuelo de Odiseo, quien heredó buena parte de su ingenio. Llegó a decirse que Autólico tenía el don de hacerse invisible.
- ☞ **Ajax Oileo.** Rey de los locrios, héroe griego en el sitio de Troya. Tras la toma de la ciudad, violó a la profetisa Casandra ante el altar de Atenea y fue castigado por los dioses.
- ☞ **Ajax Telamón.** Llamado el Grande por su estatura y valor. Después de Aquiles, el más fuerte de todos los guerreros griegos en el sitio de Troya. Mató a numerosos héroes troyanos y sobrevivió a un duelo con Héctor. Luchó con Odiseo por las armas de Aquiles. Avergonzado después de un ataque de locura, se dio muerte con su espada.
- ☞ **Belerofonte.** Héroe griego, hijo del rey corintio Glauco. Logró domar al caballo volador Pegaso y dar muerte a la Quimera. Después luchó contra las Amazonas. En un rapto de orgullo, quiso ascender hasta el Olimpo pero Zeus lo derribó con un rayo.
- ☞ **Cadmio.** Herrero de Micenas a quien Odiseo encargó una coraza para convencer a Aquiles de que se uniera a la expedición contra Troya.
- ☞ **Calcante.** Adivino que acompañó al ejército griego en la campaña de Troya. Entre otras cosas, predijo la larga duración de la guerra.
- ☞ **Calipso.** Bella ninfa griega de la isla de Otigia. Fue amante de Odiseo en su viaje de regreso a Ítaca. Le retuvo durante siete años y le prometió la inmortalidad si se quedaba con ella, pero no pudo lograr que Odiseo olvidase su patria ni su esposa.
- ☞ **Caribdis.** Monstruo marino, hijo de Poseidón y Gea, situado frente a Escila, que tuvo que sortear Odiseo en su viaje.
- ☞ **Caronte.** Barquero infernal que transporta las almas de un lado a otro de la laguna Estigia.
- ☞ **Casandra.** Profetisa troyana, hija de Príamo y Hécuba, hermana de Héctor y Paris. Como desdeñó el amor de Apolo, el dios decretó que nadie creyera en sus predicciones. Por eso nadie la creyó cuando advirtió que no metieran el gigantesco caballo de madera a la ciudad. Fue violada por Ajax Oileo en el templo de Atenea.

- ☞ **Cautor.** Sirviente de Odiseo, uno de los preceptores de Telémaco.
- ☞ **Cíclopes.** Gigantes que tenían un solo ojo en la frente y comían carne humana. Uno de ellos, Polifemo, devoró a varios compañeros de Odiseo, quien logró dejarlo ciego con un madero ardiendo.
- ☞ **Circe.** Hermosa hechicera griega, hija de Helios y de Persea. Vivía en la isla de Eea. Cuando el barco de Odiseo recaló allí, convirtió a todos los marinos en cerdos, excepto a Odiseo, que escapó al encantamiento. Odiseo perdonó a Circe, que devolvió la forma humana a sus compañeros. Después se hizo amante de la hechicera y permaneció largo tiempo en la isla.
- ☞ **Claia.** Viuda itacense, poseedora de una flota de barcos de pesca.
- ☞ **Clitemnestra.** Reina de Micenas, hija de Týndaro y de Leda, esposa de Agamenón. Nunca le perdonó a su marido que sacrificase a su hija, Ifigenia, para que los dioses bendijeran la expedición contra Troya con viento favorable. Durante su ausencia, le engañó con Egisto. Cuando Agamenón regresó, ambos lo asesinaron. Reinó junto a Egisto en Micenas hasta que su hijo Orestes mató a los dos.
- ☞ **Crisias.** Bardo ateniense.
- ☞ **Cronos.** Uno de los Titanes, hijo de Urano y de Gea. Destronó a su padre. Para evitar que fuese destronado a su vez, tenía la costumbre de comerse a sus hijos. Pero Zeus fue salvado por su madre, lo venció y lo arrojó al Tártaro.
- ☞ **Dafne.** Ninfa griega, hija de Peneo, rey de los ríos. Huyendo de Apolo, que se había enamorado de ella, le pidió ayuda a su padre y él la transformó en árbol.
- ☞ **Decaulión.** Uno de los sacerdotes de Apolo en Ítaca.
- ☞ **Dinteles.** El hijo pequeño de Claia.
- ☞ **Diomedes.** Rey de Argos, hijo de Tideo y Deipila. Uno de los más valientes héroes griegos en la guerra troyana. Compañero de Ulises en numerosas correrías nocturnas. A su regreso, descubrió que su esposa, Egialea, le había sido infiel y abandonó Argos para siempre.
- ☞ **Dionisos.** Dios griego del vino y la ebriedad, hijo de Zeus y de Semele. Enseñó a los hombres el cultivo de la vid y el placer del vino. Su culto era celebrado principalmente por mujeres (v. **Ménades**).

- ☞ **Edipo.** Héroe tebano, hijo de Layo y de Yocasta. Una profecía advertía que mataría a su padre y se acostaría con su madre. Para evitarlo, Layo dio orden a un pastor de que matara al niño, pero el pastor se apiadó y lo llevó hasta Corinto. A su regreso a Tebas, Edipo cumplió la profecía: mató accidentalmente a su padre y, al lograr salvar a la ciudad de la Esfinge, se casó con su madre. Cuando supo la verdad, se arrancó los ojos. (v. **Esfinge**).
- ☞ **Egisto.** Hijo de Tiestes, mató a su tío Atreo, rey de Micenas, que había atentado contra su vida, y se hizo con el poder. Agamenón lo expulsó del trono. Cuando el rey marchó a la guerra de Troya, sedujo a Clitemnestra y entre los dos mataron a Agamenón. Fue muerto por Orestes.
- ☞ **Eneas.** Gran héroe troyano, hijo de Anquises y Afrodita. Se distinguió por su coraje ante las murallas en numerosos episodios de la guerra de Troya. Cuando los griegos tomaron la ciudad, logró sacar vivo a su anciano padre cargándolo sobre sus espaldas.
- ☞ **Eolo.** Rey de los vientos, a los que tenía encadenados en las grutas de la isla de Folia.
- ☞ **Erinias.** Diosas griegas de la venganza. Cuando se producía un parricidio, un filicidio, un perjurio o una violación del derecho de hospitalidad, salían del Hades y perseguían al culpable para atormentarlo hasta que lo conducían hasta la locura. Eran tres hermanas: Alecto, Tisifone y Megera.
- ☞ **Escila.** Monstruo marino, hijo de Poseidón, situado frente a Caribdis, que tuvo que sortear Odiseo en su viaje.
- ☞ **Esfimena.** Nodriz de Telémaco.
- ☞ **Esfinge.** Monstruo con cabeza de mujer, cuerpo de león y alas de águila. Situado en el camino a Tebas, formulaba un enigma a los viajeros que pretendían pasar. Si no acertaban, los devoraba vivos. Se ofreció la mano de la reina viuda, Yocasta, a quien librara a la ciudad de la plaga. Egisto acertó con la solución y la Esfinge se hundió en el mar. (v. **Edipo**).
- ☞ **Estigia.** Laguna de los infiernos. El remero Caronte cruzaba las almas de los muertos de un lado a otro de la Estigia. El muerto debía llevar un óbolo, o moneda, en la boca, con el que pagar a Caronte. (v. **Hades**).

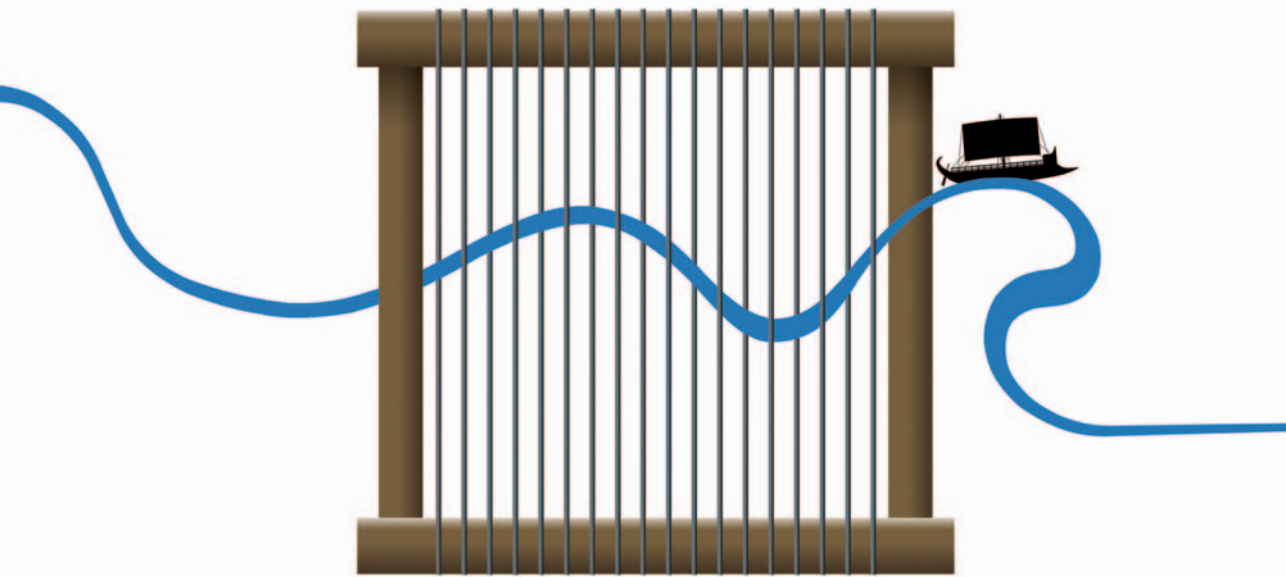
- ☛ **Eumeo.** Porquerizo itacense, esclavo de Odiseo. No reconoció a su amo cuando regresó después de su larga travesía, pero le acogió y le dio refugio. Después le ayudó en la matanza de los pretendientes.
- ☛ **Euriclea.** Esclava de Laertes, nodriza de Odiseo. Ya anciana, fue la primera que lo reconoció gracias a una cicatriz en su tobillo.
- ☛ **Eurímaco.** Uno de los pretendientes. (v. **Pretendientes**).
- ☛ **Faetón.** Hijo de Helios y Climene. Quería, como su padre, conducir el carro del sol por la bóveda celeste. Obligado por un juramento, Helios le prestó el carro y Faetón perdió el control de los caballos, abrasando la Tierra. Zeus tuvo que derribarle con un rayo.
- ☛ **Femio.** Bardo itacense. Durante la matanza de los pretendientes, suplicó a Odiseo que no lo matara y Telémaco intercedió por él.
- ☛ **Filecio.** Herrero griego, esclavo de Aquiles.
- ☛ **Filoctetes.** El más hábil de los arqueros griegos. Había heredado las flechas infalibles de Heracles. Una serpiente le mordió y la herida desprendía un hedor insoportable. Abandonado en una isla por consejo de Odiseo, fue rescatado diez años después para que los médicos curaran su herida y pudiera utilizar su arco. Con él mató a Paris.
- ☛ **Filomela.** Hermana de Procne, fue violada por su cuñada Tereo, quien la secuestró y, para impedir que hablase, le cortó la lengua. Logró comunicarle la noticia a su hermana gracias a un bordado y ambas se vengaron de Tereo.
- ☛ **Fistrato.** El hijo mayor de Claia. Desapareció tragado por una ola cuando jugaba en la playa de Ítaca.
- ☛ **Furias.** (v. **Erinias**).
- ☛ **Glauco.** Oficial itacense, hombre de confianza de Torseos.
- ☛ **Gorgonas.** Tres monstruos femeninos cuya mirada convertía en piedra. La más célebre era Medusa.
- ☛ **Hades.** (1) Dios del reino de los muertos, esposo de Perséfone, a la que raptó para llevarla bajo tierra. (2) Por extensión, el infierno, el reino de las sombras, el lugar donde iban los muertos. Estaba circundado por dos ríos, el Leteo y el Aqueronte, y por la laguna Estigia.

- ☛ **Harpías.** Monstruos con cuerpo de ave, horribles garras y cabeza de mujer.
- ☛ **Héctor.** El más grande de todos los héroes troyanos y el más noble de todos los guerreros frente a las murallas. Hijo de Príamo y de Hécuba, hermano de Paris, esposo de Andrómaca, padre de Astianacte. Hizo retroceder a los griegos hasta las playas y mató a numerosos héroes, entre ellos a Patroclo. Fue muerto por Aquiles y su cadáver ultrajado ante las murallas.
- ☛ **Hécuba.** Anciana reina de Troya, esposa de Príamo, madre de Héctor, Paris y Casandra, entre otros. Una noche descubrió a Odiseo disfrazado de mendigo mientras espiaba las defensas troyanas, pero no lo delató. Según una tradición, tras la toma de la ciudad, fue muerta a pedradas por orden de Odiseo.
- ☛ **Hefestos.** Dios griego del fuego y los metales, hijo de Zeus y de Hera. Nació cojo y feo, y por eso sus padres lo despreciaron. Fue esposo de Afrodita, que lo engañó en numerosas ocasiones con dioses y mortales. Era el mejor forjador del Olimpo.
- ☛ **Hélade.** Uno de los nombres de la antigua Grecia.
- ☛ **Helena.** La mujer más bella de Grecia. Hermana de Clitemnestra y prima de Penélope. Casada con Menelao, rey de Esparta, fue raptada por Paris y su rapto —o quizá su fuga— fue el motivo —o quizá la excusa— de la guerra de Troya.
- ☛ **Hera.** Diosa griega de la naturaleza, el matrimonio y la maternidad. Esposa de Zeus, soportaba muy mal las continuas infidelidades de su marido.
- ☛ **Heracles.** Hijo de Zeus y de Alcmena, el más famoso de los héroes antiguos. Extraordinariamente fuerte, sus hazañas son incontables. Recién nacido, estranguló a dos serpientes en la cuna. Euristeo le exigió doce trabajos, a cual más difícil, que Heracles cumplió a la perfección. Llegó a pelear con el dios Apolo y a capturar a Cerbero, el monstruoso perro de tres cabezas que guardaba la entrada al Hades.
- ☛ **Hermes.** Dios griego, hijo de Zeus y de Maya. Representa la habilidad, la astucia y habitualmente hace el papel de mensajero entre los dioses.

- ☛ **Hipnos.** Personificación griega del sueño, hermano de Tánatos, la Muerte.
- ☛ **Honcas.** Oficial itacense.
- ☛ **Ícaro.** Hijo de Dédalo. Para escapar del laberinto de Creta, Dédalo fabricó unas alas que pegó con cera a las espaldas. Ambos escaparon volando, pero Ícaro se acercó demasiado al sol, la cera se derritió y cayó sobre el océano.
- ☛ **Idomeneo.** Rey de Creta, nieto de Minos. Héroe griego en la guerra de Troya.
- ☛ **Ilión.** Otro de los nombres de Troya.
- ☛ **Ixieme.** Joven y bella itacense, hija de Antipas y de Licinia.
- ☛ **Jasón.** Héroe griego que dirigió la expedición de los Argonautas. Su tío Pelias le exigió que, para recuperar el trono de Iolcos, debía traer el Vellocino de Oro. (v. **Argonautas** y **Vellocino de oro**).
- ☛ **Laertes.** Hijo de Autólico, padre de Odiseo. Ya anciano, se retiró al campo a cuidar sus viñedos mientras Odiseo estuvo lejos. Luego, cuando regresó, le ayudó en la matanza de los pretendientes. Murió serenamente en el palacio de su hijo.
- ☛ **Leífobo.** Bardo itacense, alumno de Femio.
- ☛ **Leteo.** Río infernal. En él bebían las almas de los muertos y olvidaban todos sus recuerdos. (v. **Hades**).
- ☛ **Licinia.** Esposa de Antipas y madre de Ixieme.
- ☛ **Lisias.** Islote cercano a Ítaca, nido de piratas.
- ☛ **Medes.** Guerrero persa de gran estatura y tuerto de un ojo. El jefe de los mercenarios de Lisias.
- ☛ **Medusa.** Monstruo terrorífico, la más célebre de las Gorgonas. Su mirada convertía en piedra. Perseo la decapitó y llevaba su cabeza cortada para petrificar a sus enemigos.
- ☛ **Ménades.** Mujeres dedicadas al culto del dios Dionisos, que solían celebrar de noche, en lugares salvajes. Solían vestir con pieles. Una vez poseídas por el dios, entraban en éxtasis y perdían completamente la cabeza.
- ☛ **Menelao.** Rey de Esparta, hijo de Atreo, hermano de Agamenón, esposo de Helena. Fue uno de los más destacados héroes del bando griego. Venció a Paris en duelo, pero el príncipe troyano salió huyendo. Sobre-



LEVANTE



DE NOCHE, entre el liso silencio de la playa, la marea trae un rumor de palabras, pero nadie sabe qué dice, si es que dice algo. Ni siquiera Odiseo podía descifrar su lenguaje, ese sordo rumor de música muriendo a sus pies, agua despidiéndose, el mar, el mar, siempre volviendo sin volver nunca.

La vida, los dioses, la guerra, mi amor... Todo empieza en el mar, pero qué ocurre cuando el mar mismo ha empezado a morir, cuando las olas se van amansando, agolpando unas sobre otras, como si el viejo Poseidón tuviera asma, sus últimos estertores confinados en la isla bajo una línea de espuma que baña suavemente la costa como un anillo de bodas con la tierra.

Hay quien dice que fue en ese instante, sin olas, sin viento, con el cadáver del mar pudriéndose bajo la pupila ardiente del sol, cuando Odiseo inventó la navegación a pie: pisó sobre las aguas untuosas y muertas que pronto empezarían a apestar el mundo y echó a andar sobre la consistencia líquida del mismo modo que sobre un desierto azul transformado en espejo. Pero puede también que por aquel entonces Odiseo admitiera al fin lo que su corazón había sabido desde siempre: que eran las mujeres quienes habían tejido su destino y regido su estrella de navegante. Desde su madre, que lo embarcó en su primera expedición, oscura y húmeda, atado a las amarras del cordón umbilical, hasta mí, que, según cuentan, lo tiré otra vez al mar para entreteñerme en la soledad de mi telar, tramando las rapsodias de su vida. Que éramos nosotras quienes habíamos jugado con su corazón como perras con

un hueso, arrojándonoslo unas a otras de una isla a la siguiente. Que somos nosotras quienes se ríen ahora de su desdicha: yo, tejiendo, canturreando en mi taller a la luz de la mañana; Atenea abanicándose en cielos improbables; Calipso transmutada en espuma y Circe sonriendo desde el Hades. Dos morenas, una rubia, una pelirroja, el orden da igual: Calipso, Circe, Atenea, otra vez Penélope.

Hijo mío, guardo esto para ti, voy ocultando la verdad en estos tapices que se amontonan en mi dormitorio para que algún día, cuando nazcas, intentes comprender. Pero es inútil: los hombres lo fiáis todo a la memoria. Ningún hombre, incluidos Odiseo, tu padre, y Telémaco, tu hermano, conoce nuestro secreto, el sencillo recurso de juntar hebras de colores para ir formando símbolos, el arcaico alfabeto que hace tantos años nuestra nodriza nos enseñó, a Helena y a mí, en el palacio de Micenas. El arte de esconder, entre el dibujo de un combate, un mensaje de amor, o de cifrar, disimulada en una vieja escena mitológica, el precio de un secreto. Nada más que un juego de niñas, pero un juego que las mujeres nos hemos ido transmitiendo de madres a hijas y cuyas reglas han cambiado muy poco con los años, los gustos y las modas —punto frigio, punto fenicio, punto dórico—, aunque su origen, dicen, se remonta a Perséfone, que tejía túnicas en la oscuridad del Hades para matar el tiempo.

Matar el tiempo... Así empezó todo, pregúntale a Zeus si no me crees. Nuestra vieja nodriza no pensaba que el antiguo juego de los hilos jamás sirviera para nada más complicado que consignar una receta de cocina en una greca, pero ella no tuvo que vivir en Troya como Helena, mi prima, raptada por su propio deseo, casada en segundas nupcias con el guapo de Paris, muerta de aburrimiento. No, ella no tuvo que ver cómo una hermosa juventud se le iba por el desagüe de los años, cómo se apagaban las llamas de su pasión trojana del mismo modo que había languidecido su amor por Menelao. No tuvo que vivir recluida en un palacio de mármol, acosada por los remordimientos, asediada por los ojos hambrientos de griegos y troyanos, perseguida por la leyenda de su belleza, harta de un tonto al que no amaba y de un destino que no la amaba a ella, durante los nueve años de asedio que sufrió Troya: otra Perséfone en otro triste infierno.

¿Qué podía hacer Helena sino aprovechar las enseñanzas de nuestra gorda nodriza y tejer y tejer, poner por escrito sus desgracias y penas, echar un vistazo por la ventana de la torre y escribir de la guerra? Sí, compadécela, lamenta su destino, pero recuerda siempre que ella misma se lo había buscado, que el destino, al igual que el mar, no hace más que devolver las olas. Porque Helena, desde niña, siempre despreció el amor, rechazó a muchos pretendientes que la amaban desesperadamente para casarse al fin con un gañán que poseía un palacio en Esparta y era hermano del gran rey Agamenón. Cómo podía Helena imaginar que Menelao, su futuro esposo, era ante todo un pastor, hijo de pastores, y que el palacio deseado más bien parecía una cuadra donde las ovejas y los caballos se paseaban a sus anchas por todas partes, incluido el salón del trono. Unos años después se presentó Paris, cónsul de una ciudad mítica, guapo y rubio y bobo, y Helena, siempre en busca de un trono, no se lo pensó dos veces, no se resistió ni una cuando Paris la rodeó con sus brazos y la sumergió con un beso en la epopeya.

Sí, hijo mío, duele decirlo, pero Helena siempre fue una caprichosa, una frívola capaz de traicionar no solo a Menelao con Paris, sino al mismo Paris otra vez con Menelao —y aquí una traición no anula a la otra: solo la corrobora. Los bardos, los rapsodas enamoradizos que jamás vieron a Helena (sus enormes ojos azules como océanos, sus mejillas perpetuamente encendidas, sus labios sonrientes, rojos como de sangre después de una batalla) cantaban que su rostro era el del amor, pero ya irás conociendo a los bardos: pobres ciegos que van de puerto en puerto agitando sus cayados, mendigando una limosna, hablando de lo que no ven y jurando por lo que nunca vieron.

A su lado, yo, su prima carnal, era la fea de la familia, tan callada y tan tímida que una de mis tías, siempre que me veía inclinada sobre la labor, bromeaba a mi costa diciendo: «Penélope, Penélope ¿quién va a casarse con una niña que siempre está tejiendo?». Sin embargo, ¿no me asediaron más de un centenar de pretendientes? ¿Vas a decirme que solo iban detrás del reino de Ítaca, este peñasco inhóspito en medio del mar sin más riquezas que un puñado de barcas y de redes? Por algo me extrañó que aquel joven retraído y reflexivo —el único que no se dejó deslumbrar por la hermosura apabullante de Helena y que parecía siempre pensar una cosa distinta a la que decía mientras se

rascaba despreocupadamente la barba— se fijara en mí. Me habían enviado a buscar agua a una fuente y estaba rellenando el cántaro cuando una sombra tapó el chorro y una voz sonó a mi espalda: «¿Te conozco?». Me volví y negué con la cabeza, sonriendo; entonces yo era apenas una chiquilla, pero me llamó la atención aquel joven solitario, que no alardeaba de caballos o de músculos y que prefería los dados y el tiro con arco a otras actividades más sangrientas. Yo, que siempre había soñado con llevar una vida tranquila, hogareña, lejos de honores y de títulos, una vida dedicada a mis tapices, al amor de mi esposo y a cuidar de mis hijos, pensé que Odiseo era el candidato ideal: tan sigiloso que ni siquiera parecía griego. Y cuando pidió mi mano, creyendo que lo rechazaría, que apenas si había reparado en él (cuando era justamente lo contrario, lo que te dará idea, hijo mío, de que hasta el más astuto de los hombres es tonto perdido al lado de una mujer enamorada), me explicó que no podía ofrecer gran cosa a una princesa de mi linaje: solo una isla pequeña y pedregosa, Ítaca, y un pueblo de pastores y pescadores, gente sencilla. Nada podía atraerme más en aquellos días, cuando los vientos de la guerra empezaban a soplar sobre el ponto y mi prima Helena buscaba desesperadamente un héroe que la llevara consigo. Odiseo no tenía ninguno de los atributos del héroe, ni uno solo. Quién iba a suponer que el destino lo escogería a él, precisamente a él, para ser el último de todos.

Calculé mal, pensé que aquella isla, alejada de las principales rutas de navegación, sería un buen refugio para dos enamorados. Y lo fue, lo fue durante un tiempo: al cabo de unos meses nació Telémaco, pero en la paz de aquellos años, bajo mi mirada de niña que iba dejando de serlo, empezaba a sentir en mi marido algo como una especie de desazón, un peso en el alma; ahora sé que el río de su destino tiraba de él, maldita sea Atenea. Durante las noches lo asaltaban sueños inquietos. Entonces giraba en la cama para reposar mi mano en su pecho y notar su corazón anhelante, enloquecido, un caballo encerrado, ansioso por galopar los campos de su juventud perdida.

Una mañana llegaron a Ítaca los heraldos de Agamenón. Odiseo los agasajó y se entretuvo con ellos durante largo rato. Cuando se marcharon, acudí a verme. Yo estaba sentada en la terraza, tejiendo; tu hermano jugaba a mis pies con los ovillos de hilo. Odiseo le acarició la cabeza y le dijo a una criada que lo llevara a jugar afuera. Una sombra negra se sentó en mi corazón, sentí

que mis ojos se nublaban de lágrimas, pero hice un esfuerzo para que no asomaran, me mordí el labio y seguí tejiendo.

«¿Sabes a qué venían esos hombres, Penélope?», dijo con la cabeza baja.

«Toda Ítaca lo sabe», respondí. «La pregunta que querías hacer es otra. No ensayes tu dialéctica conmigo».

«Nunca podría engañarte». Odiseo sonrió, se puso a jugar con el ovillo que había abandonado Telémaco.

«¿Vas a ir a la guerra o no?», pregunté de golpe.

«Es un asunto que quería discutir contigo».

«Mi papel de esposa no incluye prerrogativas sobre asuntos bélicos», respondí apacible. «Me limito a las tareas del hogar, que no son pocas. ¿Quieres pasarme ese ovillo?».

«¿Cual?».

«Ese que tienes en la mano».

Me lanzó el ovillo rojo. De repente sentí el color como una premonición: vi ríos de sangre corriendo entre la tierra, vi deltas de sangre tiñendo el mar, pero logré contenerme.

«Además», añadí, «supongo que ya habrás tomado tu propia decisión».

«Es un asunto bastante grave. Que también te concierne», añadió. «Por si no lo sabes, han raptado a tu prima Helena».

«¿Quién?».

«Uno de los hijos de Príamo. Paris, creo».

«Conociendo a mi prima, no sé cuál de los dos raptaría al otro».

«Pero Helena es la esposa de Menelao. Y Menelao es hermano de Agamenón, con lo cual el conflicto de honor atañe a toda la Hélade».

«Honor. Si lo que contara aquí fuera el honor griego y ese honor estuviera entre los muslos de mi prima, entonces, para recuperarlo, los aqueos tendríais que sudar más que Heraclés y Jasón juntos».

«El vellocino de oro», dijo Odiseo, riendo a carcajadas con mi ocurrencia, «entre los muslos de tu prima».

«Y Menelao convertido en un nuevo minotauro», añadí yo.

«Pobre Menelao», remató Odiseo. Nos echamos a reír los dos. Nos quedaban muy pocas risas como aquella. Pronto las risas se irían apagando por

todas las islas y provincias. Por Creta, por Micenas, por Esparta: la guerra es una cosa seria.

«Bien, el bueno de Menelao o el tonto de Ajax pueden creer esa viñeta de adulterio. Los alfareros ya deben de estar dibujándola en todas las jarras griegas», dije despreocupadamente. «Pero Palamedes y tú no sois tan ingenuos».

«Es una jugada arriesgada. Por una parte, sabes que Agamenón me resulta antipático, por no decir otra cosa. En cuanto a Príamo, tiene muchos recursos y aliados. Es todo un rey, en el sentido antiguo de la palabra. Y Eneas no se sabe por dónde saldrá, por no hablar del bestia de Aquiles con sus mirmidones». Odiseo sopesaba las posibilidades como si se tratara de una partida de dados. «Vaya, creo que esta vez los dioses lo van a tener francamente difícil para decidirse».

«¿Y tú?».

«Sabes que no tengo elección, Penélope».

«¿Pero te gustaría tenerla?».

Odiseo sonrió tristemente y salió de la estancia. Por primera vez desde que entrara tu padre miré mi labor: el esbozo de una batalla en tonos grises, con hilos desparramados figurando penachos de humo, tripas de caballo, charcos de sangre negra. Desde que era niña aprendí a disimular mis verdaderas emociones bajo el manto del arte, a dejar mi rostro reposado y alegre mientras mis dedos temblaban, traficando en un oleaje de temores y miedos. Así pude despedir serenamente a Odiseo al tiempo que mis manos iban y venían sobre el tapiz, frenéticas, desesperadas, tejiendo lágrimas; así pude sobrellevar durante nueve años los inciertos partes de guerra, las noticias sobre los héroes muertos, el luto que se iba extendiendo por la Hélade como una noche eterna. Cada vez que una vela griega manchaba el horizonte, me encerraba en mi cuarto, mis dedos recorrían nerviosos las bobinas, mares y colores sombríos invadían las telas. Cuando Héctor murió a manos de Aquiles, se me terminó el color rojo; cuando Aquiles murió, masticado por la gangrena, acabé con el negro. No sé con que hubiera seguido hilando si la guerra no llega a terminar, pero lo cierto es que una mañana me sorprendí despierta sobre el telar, sudorosa, agotada. Tenía las manos doloridas y las uñas sangrando, había tejido

durante toda la noche, insomne, sin saber lo que hacía, y cuando miré mi obra descubrí el boceto de una ciudad ardiendo, murallas derruidas, niños arrojados al abismo, mujeres y ancianos asesinados: la vieja, hermosa Troya —que yo no había visto nunca y que ya no vería— asolada por un inmenso globo de fuego entre cuya humareda podía adivinarse la sombra gigantesca de un caballo.

Punto troyano, fíjate bien, hijo mío, con estos nudos está hecha la guerra. En cambio, cuando llegaron las noticias del final, cuando mis manos por fin se convencieron y el comercio volvió a restablecerse lentamente, entonces empezaron a llegar, en las bodegas de las naves repletas de combatientes fatigados y soldados heridos y esclavos, cargamentos de hilos traídos de Persia. El arcoiris iluminó nuevamente mis telas y dibujé a tu padre cabalgando sobre el mar, de vuelta a casa. Pero Odiseo se retrasaba y yo estaba harta de tonos rojos, de manera que me dediqué a los azules y los verdes, pinté todas las escalas del océano, todas sus profundidades, tracé cartas de navegación, señalé cabos y mareas, dibujé las corrientes que lo traerían de vuelta hasta mis brazos. Pasó un año entero y cada mañana era una nueva decepción: velas y más velas acribillaban el horizonte pero nadie sabía nada de él, solo volvían barcos cargados con más noticias tristes. Ajax el Pequeño, que violó a una de las sacerdotisas de Atenea ante su propio altar, había pagado su insolente sacrilegio con un naufragio: el viejo Poseidón, con la ayuda de unas rocas, partió su nave en dos y su espinazo en cuatro. También Agamenón fue víctima de la maldición que perseguía a los héroes de Troya: las malas lenguas aseguraban que había sido asesinado en su propia bañera, engañado por Clitemnestra, su esposa, prácticamente el mismo día de su llegada. Volví a encerrarme en mis aposentos, cansada de mirar el mar y sus torpes vaivenes.

Era como si a los griegos no les importaran o no les gustaran las buenas noticias, nadie quería saber nada de Helena y Menelao, quienes se habían reconciliado después de todo. La gente murmuraba, sugiriendo que el esposo ultrajado no debería perdonar, que el cornudo de Menelao tendría que haber acuchillado a Helena en el mismo lecho donde ella lo engañó con Paris durante nueve largos años. La felicidad siempre parece ridícula a los ojos de los que no la poseen. No solo los pretendientes: también los itacenses y los demás

griegos eran tan miserables que no soportaban los finales felices. No, todo tenía que terminar en ruinas humeantes, como la misma Troya. Y durante años y años siguieron murmurando, inventando finales terribles para Odiseo: cómo lo devoró un Cíclope; cómo se estrelló y se ahogó, subyugado por el canto bellísimo de las Sirenas; cómo agonizó retorciéndose entre los tentáculos de Escila o cómo fue absorbido por uno de los remolinos de la vieja Caribdis. Los pretendientes contaban estas y otras historias parecidas en voz alta, para humillarme y atormentarme en medio de mi propio salón de banquetes, ufanándose de cada una de las muertes de mi pobre marido mientras devoraban su pan y me conminaban a que eligiera a cualquiera de ellos. Pero yo sabía que aceptar a uno de los pretendientes era resignarme a la muerte de mi amado, de modo que luchaba de noche, en el telar, contra cada uno de esos finales imaginarios: mis manos urdían una disyuntiva en la que Odiseo iba escapando a todos los peligros; no me importaba que tuviera que acostarse con Circe o con Calipso; no me importaba que hubiera oído el canto de las Sirenas y que ya no pudiera olvidarlo: nada importaba si regresaba un día hasta mí, antes de que fuera demasiado tarde, y me libraba del Hades de esa espera.

El final no fue tan hermoso como lo cantan los bardos, no hubo final, yo estaba tejiendo arriba, en mi taller, cuando Odiseo comenzó a trinchar uno tras otro a los pretendientes. Y, desde luego, lo reconocí de inmediato: ni el disfraz de porquero ni la pátina de Atenea lograron engañarme. Yo no necesité reconocer la marca del colmillo de jabalí en su tobillo izquierdo, me bastó su mirada detrás de las cejas enmarañadas y su voz falseada detrás de una parodia de vejez. Fingí no reconocerlo; él también fingió que no sabía que yo sabía. Pero cuando Euriclea se agachó a lavarle los pies, me guiñó un ojo. En cierto modo, no solo estaba tejiendo la escena de la matanza mientras él la ejecutaba: la tejía también dentro de mi corazón, en el telar de mi alma, y no me sorprendí cuando aquella noche vino a mi lecho con una urgencia de amor de veinte años, sin ni siquiera lavarse la sangre de tantos pretendientes muertos, y luego, tras saciarnos de nosotros mismos, se puso a narrarme sus aventuras, hasta la más íntima. En aquel entonces no había secretos para nuestro amor, sus infidelidades con ninfas y hechiceras eran una chiquillada al lado del tiempo que habíamos perdido esperando: no iba a malgastarlo reprochándole

unos devaneos del pasado. Tenía lo que siempre quise, lo que siempre había soñado, estábamos juntos otra vez pese a la envidia de los bardos griegos y a la inquina de todos los pretendientes masacrados. Odiseo había vuelto por fin, más calvo, más flaco, pero yo lo estrechaba contra mi pecho desnudo: he ahí la escena final de mi tejido.

Ah, si hubiesemos sido una historia y no una vida, un largo cuento hecho de palabras, ese hubiera sido el punto final, y tan hermoso que no me hubiese importado gran cosa que los dioses nos enviaran la muerte en ese instante. Pero éramos de carne y hueso, no personajes de una epopeya, la vida siguió adelante y a la mañana siguiente nos miramos un poco avergonzados de haber nos portados como críos. Envejecíamos.



LAS TELAS DE PENÉLOPE



α



El mecanismo de la marea

UNA VEZ QUE HUBO ACABADO con los pretendientes y soplado en las cenizas de rencor que todavía albergaban los familiares de los pretendientes muertos, Odiseo aún tardó en comprender que justo en ese punto acababa de desenredar la madeja de su destino. O sería mejor decir que fue el destino quien lo abandonó a él, a la deriva de un retorno añorado y cumplido, en el hogar de Ítaca por el que había suspirado tantas veces durante tantos años y acunado en el regazo de una mujer, la cual, a pesar de todos los pesares, le había permanecido fiel. El tapiz estaba acabado, los hilos recogidos, la madeja deshecha. ¿Qué otra cosa podía desear? Era demasiado fácil suponer que se aburría, que la vida plácida y monótona de mercader no se avenía bien con su estatuto de héroe, pero lo cierto es que el rey de Ítaca no se sentía un héroe en absoluto. Un héroe es solo un instrumento del destino, un golpe de dados, alguien que deja el hilo de su vida en manos de los dioses y se abandona insensatamente a un instante que a otros les parecerá loco o estúpido, pero que es precisamente el del heroísmo. Tal vez por eso a los demás, pobres mortales, los héroes nos parecen tan lejanos, unas veces tan grandes y otras tan idiotas. Ahora, concluido ya todo, Odiseo se sentía demasiado dueño de sí mismo para compararse con los demás guerreros de la campaña troyana. Su corazón siempre estuvo demasiado frío para quemarse en esa cólera roja que empañaba a Aquiles, sus nervios se tensaban con demasiada sensatez al lado de la necia mus-

culatura de Ajax. Y amaba demasiado a Ítaca —quiero decir a mí, a tu hermano y a nuestro rudo pueblo— para arrojar su vida en ese gesto magnífico de locura y valor en el que ardió Héctor. Por eso a su historia le faltaba un final heroico: los héroes mueren jóvenes y él era un cuarentón rebosando salud; le sobraba vida por los cuatro costados. No tenía la flecha mortífera de Aquiles ni la pira de Patroclo ni el sangriento baño de Agamenón bajo el cuchillo de Egisto... Ni siquiera el estúpido suicidio de Ajax cuando el propio Odiseo le arrebató en los juegos funerarios el casco de guerra de Aquiles. Qué no hubiera dado entonces mi marido por devolverle a Ajax el casco, por decirle: «Toma tú el casco, devuélveme mi muerte». Pero incluso un mero bruto como Ajax poseía el instinto heroico suficiente para comprender que, tras la desaparición de Héctor del escenario bélico, terminaba la verdadera guerra y, con ella, las oportunidades de morir con nobleza. No quedaban manos más dignas de conducirlo al Hades que las suyas propias; por eso se empaló sobre su espada después de perder la lucha con Odiseo. Aquella derrota fue una excusa tan buena como cualquier otra, no había momento que perder si quería emparentarse con la estirpe troyana. En cambio, mi marido perdió su ocasión en la guerra y cuando entregó su flota en manos de Poseidón, para que el airado dios del mar hiciera con él lo que quisiera, ya era demasiado tarde. Los dioses se habían hartado de muerte: hasta el mar eructaba, devolviendo cadáveres. Solo después de repudiar a una hechicera, de rechazar el amor de una ninfa, de perder a todos sus amigos en la travesía y de bajar solo al reino de los muertos, Odiseo fue capaz de comprender lo siguiente: que su destino lo restituía sano y salvo al punto de partida porque en el hilo con que las Moiras tejieron su vida estaban escritas muchas cosas, y el borrador de muchas otras, todo menos el punto final de una epopeya. Te lo digo yo, que entiendo de hilos.

Sin embargo, de alguna manera estaba marcado por un destino más sutil y más terrible que los otros, puesto que no era en absoluto un destino. A Aquiles le entregaron su flecha por correo aéreo, pero Odiseo tendría que afilar la suya, fabricar un arco de paso y convertirse a la vez en víctima y arquero. ¿Comprendes lo que quiero decir, lo espantoso de la orfandad de Odiseo? Para un griego, es natural abandonarse al destino, sea cual sea; en cambio, es virtualmente imposible sobreponerse a él, ignorarlo, es decir, vivir. En

cierto modo, el contacto con gentes y tierras extrañas había marcado a Odiseo, le enseñó una forma de vida que los griegos no solo desdeñamos sino que ni siquiera nos atrevemos a reconocer. Lo que aprendió era esto: que es más difícil vivir sin destino que con él, que cumplirlo es una tarea relativamente sencilla: basta cerrar los ojos y echar a andar hasta que uno tropieza con su muerte. Pero en sus viajes Odiseo descubrió lo que era tener los ojos constantemente abiertos, mantenerse en guardia, eligiendo siempre entre las cartas que se le presentaban, sin dejar que nadie —ni el azar ni los dioses ni, por supuesto, el destino— eligiera por él.

Entonces, después de tanta gloria y tanta soledad, ¿qué buscaba Odiseo? ¿Que lo dejaran en paz? ¿Que los rapsodas que iban cantando por plazas y mercados sus hazañas concluyeran su historia en medio de un beso, con puntos suspensivos? ¿Que los comerciantes que atracaban en Ítaca dejaran de mostrarlo a sus hijos como el último ejemplar de una raza extinguida, una reliquia de los tiempos pasados: «Mirad, fijaos bien, el último héroe»? Ayax el Grande, Ayax el Pequeño, Aquiles, Patroclo, Héctor, Agamenón: todos muertos, todos con su punto final y su epopeya concluida. Tú, hijo mío, que no has nacido aún, que estás ansioso por empezar tu historia, imagínate la angustia de tu padre por terminar la suya. Conociéndolo como le conocía y teniendo en cuenta su impaciencia, comprendí en seguida que no tardaría en irse, que no podía quedarse a esperar tranquilamente, porque esperar es mi tarea, así de repartidos están nuestros papeles.

Por las tardes, cuando Odiseo quedaba libre de sus obligaciones de gobernante, solía entrar en mi estancia y hablar de cualquier cosa. Empezaba contándome asuntos cotidianos, una disputa entre vecinos, un nuevo acuerdo comercial con los fenicios, pero, poco a poco, sin que se diera cuenta, sus palabras tomaban el rumbo de la guerra. En aquel tiempo, Troya se convirtió para él en una auténtica obsesión; ni siquiera recordaba sus propias aventuras que le hicieron un héroe tan grande como los otros. Se transformó en un cronista, en un historiador, un hombre atormentado por el deseo de comprender lo que vio, de ver, al fin, qué había vivido. De ese modo, la distancia entre los héroes muertos y él parecía disminuir con cada recuerdo, no se daba cuenta de que ya le hacían señas desde la otra orilla.

«No sé qué gloria puede haber en una flecha hincada en un talón y una pierna gangrenada, la verdad», dije, intentando distraerlo de sus cavilaciones, convencerlo, razonar con él, que siempre había sido tan razonable. «Me han encargado un tapiz con el tema de la muerte de Aquiles, pero no creo que lo haga. Lo cierto es que es algo ridículo, si lo piensas despacio. Todas las muertes lo son, en cierta manera. Mira Agamenón, mira Ajax. Ninguno da para un tapiz».

«Puede que tengas razón», dijo Odiseo. «Pasó mucho tiempo antes de que entendiera el mote de Aquiles. El de los pies ligeros. Era muy rápido, sí, pero cuando no entraba en combate lo más ligero que tenía eran las manos. Una vez le vi regalar una yegua a uno de sus esclavos solo porque le dio por ahí; al día siguiente le rebanó la cabeza porque, según él, se entretuvo en servirle una jarra de vino. Zeus, qué hombre. ¿Sabes lo que hacía después de una de esas? Se limitaba a exclamar: es el río de mi violento destino. O bien: estaba escrito. Así, bien alto, para que lo oyéramos todos, mientras limpiaba la espada de sangre en su faldón. Siempre estaba repitiendo cosas así, a todas horas, como si actuara en vez de vivir, como si un bardo invisible o un dios anduvieran revoloteando por allí, recogiendo sus palabras para el futuro. Un hombre apasionado y colérico, pero ante todo exagerado, terriblemente exagerado. Y lleno de supersticiones y manías. Anhelaba encontrarse con la muerte en combate, siempre repetía que en cierta ocasión una sacerdotisa de Apolo le predijo una vida larga y oscura o bien una vida corta y una larga memoria».

«Ya», decía yo, siguiendo con mi tarea en el telar. «Entonces haría todo lo posible para torcer los oráculos».

«Sí, pero no creo que lo hiciera a propósito. No es que Aquiles fuera más valiente o más fuerte que los demás... De acuerdo, sí, lo era, pero lo esencial es que no le importaba morir: estaba convencido, no, mejor diré poseído por la certeza de que su vida no era más que la moneda que entregaría al cruzar la Estigia».

Odiseo saboreó un trago de vino, encantado con su metáfora. Al fin y al cabo, ninguno de los caudillos griegos conocía mejor a Aquiles que mi marido, excepto sus amantes, por supuesto. Según una de tantas leyendas que circulaban por la Hélade, Odiseo reclutó a Aquiles con una de sus típicas artimañas.

Algo más o menos así: el terrible guerrero estaba disfrutando de un descanso, dedicado a uno de sus pasatiempos favoritos. Le encantaba disfrazarse de mujer y rodearse de doncellas vírgenes, como si entre tanta feminidad y tanta inocencia algo pudiera contagiársele. Cuando Odiseo llegó con un montón de regalos para las muchachas —frascos de perfumes persas, espejos de piedra, peines de conchas de tortuga— observó cómo una de ellas, más alta y velluda que las otras, se agachaba a recoger un escudo y una lanza. Entonces sonrió y dijo: «Aquiles, se acabó».

Mi marido casi se atraganta de risa cuando oyó esta variante. Como si hubiera habido algún problema en descubrir a Aquiles entre un montón de doncellas, como si los enviados de Agamenón fuesen tan cegatos para no distinguir a aquel enorme hombretón travestido, con barba incipiente y brazos como muslos, que impostaba la voz e intentaba ocultar, bajo la sombra de unas ridículas pestañas postizas, sus recios ojos de bronce. No, el problema no estribaba en descubrir a Aquiles, sino en convencerlo de que se uniera a la expedición, obligarlo a abandonar su mitológica pereza. De hecho, ya había herido a varios de los enviados del rey de Micenas cuando intentaron sacarlo a la fuerza de su retiro, pero a uno de ellos —quien no había podido disimular una risita al descubrir al héroe rodeado de jovencitas tontas y con aquella facha— le arrancó los testículos de cuajo, con una sola mano, y le obligó a comérselos allí mismo, delante de toda la embajada, antes de dejarlo morir desangrado.

De modo que Odiseo, como siempre, tuvo que idear una estratagema: encargó a Cadmio, el mejor herrero de Micenas, una fabulosa coraza de bronce, con la musculatura del pecho y el abdomen repujada en oro puro, siguiendo las medidas exactas del guerrero mirmidón, y se presentó ante él solo, nada de regalos ni peines ni espejitos. Reunió a las doncellas, tosió, hizo como si no reconociera a Aquiles e improvisó una de sus célebres mentiras:

«Niñas, Hefestos, el forjador divino, dejó caer esto una noche en uno de los patios del palacio de Agamenón en Micenas. Todos y cada uno de los soldados griegos se la han probado ya, pero a ninguno le sienta bien. Ni siquiera a Ajax. ¿Conocéis vosotras a alguien a quien pueda cuadrarle esta armadura?».

Odiseo paseó su mirada por el auditorio; las muchachas callaban, avergonzadas; Aquiles sonreía bajo sus falsas trenzas doradas, pero ni siquiera pestañeó.

«Me lo temía», suspiró Odiseo. «Lástima que no haya entre los griegos nadie lo bastante hombre para llevarla. En fin, tendré que ir hasta Troya para que se la pruebe Héctor. No se puede desperdiciar así como así un regalo divino».

Tu padre fingió el ademán de ir a recoger la coraza del suelo, pero apenas mencionó el nombre del gran héroe troyano, Aquiles se desembarazó de sus ropajes y sus pechos postizos cayeron al suelo, entre sus pies, quedando esplendorosamente desnudo delante de todos. Odiseo se retiró prudentemente mientras Aquiles abandonaba su voz aflautada para advertirle: «Toca esa coraza y te haré comer el corazón». Luego se quitó las pestañas, también postizas, y abandonó su expresión hosca para sonreír por primera vez a Odiseo, como si comprendiera de pronto la trampa tan burda en la que había caído y el ansia que tenía de caer, al fin. «Perro de Ítaca», exclamó con una carcajada feroz. «Vuelve con tu amo. Dile que ya has encontrado lo que buscaba».

En verdad, Aquiles era impredecible. Sus gustos, sus violencias, sus pasiones. Por ejemplo, Patroclo. No es cierto que, al recoger el cuerpo de su amante muerto, Aquiles perdiera los estribos, que se arrancara las trenzas a mechones y que llorara días y días, sin pausa ni descanso, aferrado a su desgracia. Nadie sabía a ciencia cierta a cuento de qué Aquiles se había ofendido tanto porque el avaro de Agamenón le robara una esclava: al fin y al cabo, todo el mundo conocía sus gustos en materia amorosa, y sus gustos no eran algo que pudiera satisfacer una jovencita. Pero cuando el eclipse de la melancolía caía sobre Aquiles era mejor dejarlo estar. Tiraba las armas a un lado y se recostaba en una de las literas de su tienda, recitando poemas mediocres de su propia cosecha y dando la tabarra toda la noche con el arpa. Pero cualquiera le decía que se callase. De hecho, cuando Héctor y sus hombres estuvieron a punto de incendiar las naves, y Ajax luchó con el troyano mano a mano, el mar lamiéndoles las rodillas y el gigantesco escudo tan atiborrado de flechas que parecía un alfilerero egipcio, incluso entonces pudieron oír, por debajo del estrépito de los hierros, la ronca voz de Aquiles desafinando entre los lamentables zumbidos del arpa.

«¿Esta es vuestra arma secreta, Ajax?», jadeó Héctor, bañado de sudor troyano y de sangre griega. «¿Una nueva argucia de Odiseo? Reconozco que suena aun peor que una Sirena».

Ayax apretó los dientes, que rechinaron como ruedas de carro, y blasfemó, hendiendo el aire de arriba abajo con su espada sin rozar nada más que la sombra de Héctor.

Muchas naves ardieron aquella noche y muchos griegos descendieron al Tártaro: nunca la guerra estuvo tan cerca de perderse, pero ni aun así Aquiles se dignó escuchar las súplicas de Agamenón. Loco de rabia, con la cara y los brazos tiznados por la humareda, el caudillo aqueo se volvió hacia tu padre y masculló:

«Dime para qué te envié a buscar tantos héroes. Dime para qué sirve ahora tu boca podrida de palabras si ni siquiera tú puedes convencer a ese asno».

Pero Odiseo se negó a probar suerte por segunda vez: demasiada había tenido con salir bien librado la primera. Compungidos, cargados de luto y de rencor, todos los soldados griegos sabían que aquel bardo aficionado que les desvelaba por las noches era la única baza con la que contaban para intentar detener a un héroe invencible. Hasta Ayax Telamón, el Grande, había retrocedido ante la lanza de Héctor y ahora también se había recluido en su tienda, enfurecido, humillado: un perro rabioso lamiendo sus heridas.

Cómo es que un jovencito imberbe como Patroclo juntó el valor para enfrentarse a Héctor era un enigma sin respuesta, y un enigma digno de la esfinge tebana fue el hecho de que Aquiles se lo permitiera. Solo loco o borracho perdido podía Aquiles dejar que su favorito, un mancebo que apenas si sabía sostener una lanza, se atreviera a cruzarse en el camino de su gloria. Pero tal vez estaba escrito, claro, como todo.

«No seas niño», dijo Aquiles, sirviéndose otra copa de vino. «Contigo Héctor no tendría ni para empezar».

«Déjame ir, Aquiles».

«He dicho que no».

«¿Acaso tienes miedo de ir tú?».

A cualquier otro que se hubiera atrevido a insinuar algo parecido, Aquiles le habría extirpado el hígado con los dedos. Pero no a Patroclo. Aquiles sonrió.

«No soy tu dueño, ya lo sabes. Si quieres ir, ve. Pero deja mi coraza». Soltó un eructo dórico. «No hará más que estorbarte. Si quieres luchar, lucha con tus propias armas».

Patroclo paseaba entre los efluvios de vino e incienso que aromatizaban la tienda de su amante, pavoneándose, probándose la gran armadura dorada a juego con su pelo rubio, como si fuera un modelito irresistible importado de Creta. Por supuesto, le iba demasiado grande: la coraza repicaba sobre su pecho adolescente como si preludiara los tambores de sus honras fúnebres. Sí, es posible que Aquiles estuviera borracho.

«Déjamela. Héctor temblará de miedo en cuanto me vea. Ni siquiera habrá combate. Me confundirá contigo y echará a correr».

«Qué poco lo conoces, niño». Aquiles meneó la cabeza. «Héctor nunca ha rehuido un combate y jamás ha perdido ninguno. Te hará pedazos como si fueras la manzana del desayuno. Y además, le tengo cariño a esa armadura».

«Préstamela, anda. Sé bueno».

«Déjame en paz».

Aquiles bufó con un mohín de fastidio. Pero Patroclo, el hermoso Patroclo, dejó las armas a un lado, se sentó sobre la alfombra, a los pies de su amante, y acarició despacio sus rodillas a la vez que elevaba sus inmensos ojos grises llenos de promesas: una carantoña oriental a la que Aquiles no podía resistirse. Cansado de música no deseada, harto de vino que parecía sangre y ebrio de sexo que sabía a muerte, Aquiles lo dejó marchar.

Y allá fue Patroclo, a la mañana siguiente, después de que los heraldos arreglaran el combate, agobiado por el peso del bronce, pero tan tranquilo y sereno de camino a la llanura troyana como si fuera ya del brazo de la muerte. Héctor lo aguardaba de pie, a un tiro de flecha de las murallas, y cuando vio que la armadura de Aquiles venía a su encuentro dando tumbos, alzó la visera del casco, con el magnífico penacho azul flameando al viento —hacía un viento horrible esa mañana— y gritó:

«¿De dónde has sacado esa coraza, hijo?».

Patroclo no respondió, sopesó la lanza y, penosamente, porque apenas lograba sacar los labios sobre el borde de oro, escupió:

«¡Perro troyano! ¡Lucha como un hombre!».

Héctor sonrió, clavó su lanza en el suelo y se apoyó con las dos manos en el asta, como un pastor cuidando su rebaño.

«Hacen falta dos hombres para luchar, hijo. Vuelve a casa. Dile a tu padre que lo estoy esperando».

El viento desfiguró las palabras de Héctor; algunos juraron luego que no había dicho «padre» sino «madre» y, conociendo el humor del troyano, puede que fuese cierto. En cualquier caso, Patroclo echó a correr hacia su enemigo, gritando, golpeando la piel del escudo con la espada corta, intentando remedar el viejo estilo heroico. Impedido por el peso de la coraza, dio un traspié y rodó por tierra. Todavía estaba bastante lejos de Héctor que, por otra parte, ni siquiera había movido un músculo, como si estuviera posando para un escultor. Patroclo se levantó del suelo, echó a correr y nuevamente volvió a tropezar y a caer, encogido, con una rodilla hundida en el polvo. Esta vez tardó algo más en alzarse del suelo y cuando pudo hacerlo, Héctor cambió de golpe su expresión risueña. La sangre chorreaba de entre los dedos de Patroclo, fluyendo en negros arroyos muslos abajo. Menelao y Odiseo echaron a correr desde las filas griegas mientras Patroclo se derrumbaba definitivamente sobre la tierra.

Después, mucho después, Menelao juró y perjuró, a Aquiles y a quien quisiera escucharle, que Héctor ni siquiera le puso una mano encima a Patroclo. Pero quién quería escucharle. Nadie podía creer que Patroclo, al ir golpeando el escudo con la espada como si se tratara de un tambor, cayese sobre la hoja y el arma se clavara en el bajo vientre hasta la empuñadura, como si fuese el propio falo de Aquiles ciego de amor. Una muerte de lo más estúpida, pero ya te lo dije, hijo mío, qué muerte no lo era. Los bardos tendrían que trabajar muy duro para calzarla en hexámetros, de modo que la desecharon de inmediato como un borrador imperfecto, del mismo modo que inventaron la lucha por las armas de Aquiles, porque no podían aceptar que Héctor simplemente se arrodillara para consolar al moribundo y que, cuando Odiseo y Menelao llegaran a su lado, sin aliento, alzara la mirada hacia ellos y dijera: «Tomad, devolvedle esto a Aquiles».

Patroclo agonizaba, blanco como la luna, y sus largas guedejas rubias festoneaban los dedos del enemigo que sostenía su cabeza entre las manos.

«No está bien enviar niños a la guerra», sentenció Héctor, poniéndose en pie, limpiándose las manos de sangre. Menelao se mordió los labios —qué hubiera podido replicar— y echó mano a la espada, pero Odiseo contuvo su brazo.

«No fue culpa tuya, Héctor. Ni tampoco de Aquiles. Si acaso, de los dioses».

Héctor miró a tu padre con una sonrisa de lástima, tan abatida como los muros de su pueblo después de nueve años de guerra.

«¿De los dioses dices, Odiseo? Es una buena excusa. Supongo que habrán tomado buena nota de tus palabras».

Menelao, rojo de ira, intentó zafarse del abrazo de Odiseo, gritando una docena de insultos micénicos, escupiéndolos a la cara del troyano. Pero Héctor no respondió ni a injurias ni a amenazas; movió la cabeza, compadecido, en especial al escuchar el último.

«No, no soy yo el cornudo, Menelao. Andrómaca, mi esposa, me espera tras esas murallas. Es más de lo que puedo decir de la tuya, la hermosa Helena. Y en cuanto a ti, Odiseo, quién sabe qué estará haciendo Penélope».

«No es momento para bromas», dijo tu padre, conteniendo a duras penas al energúmeno de Menelao. «Por una vez tómate a la muerte en serio».

Héctor miró de largo a Odiseo.

«No bromeaba, hijo de Laertes, aunque tú pienses lo contrario. Mira», dijo, señalando a Patroclo. «Hace un momento estaba vivo y le llamé hijo. No sé si sabes que los troyanos también tenemos hijos y que nos despedimos de ellos cada mañana. El mío apenas ha cumplido seis años. Pero ahora, cuando me he arrodillado al lado de Patroclo, viéndole morir, he recordado que tú también dejaste un hijo en Ítaca».

«Así es, troyano. Se llama Telémaco».

«Quién sabe», dijo Héctor, volviéndose hacia Troya. «Quién sabe qué nos tienen reservado los dioses. Esperemos que al menos se diviertan».

Lentamente, arrastrando su lanza, Héctor regresó hacia las murallas mientras la brisa de la muerte soplaba levemente sobre el vientre de Patroclo, suavizando sus rasgos, desatando las arrugas de la agonía, espolvoreando de nieve sus pómulos, soltando uno a uno los hilos de la vida y aflojando los pálidos labios en una sonrisa que le dejaba al descubierto los dientes. El cuerpo ya estaba frío cuando lo llevaron de regreso al campamento griego, pero Aquiles, al verlo, reconoció que jamás había estado más hermoso. Entonces, cuando todos hubieran esperado la gran escena colérica, la furia desatada al fin, esclama-

vos decapitados, naves y tiendas ardiendo, caballos muertos a patadas, Aquiles sencillamente recogió el cuerpo de los brazos de Menelao —quien se había empeñado en traerlo él solo, sin quitarle siquiera la armadura ensangrentada—, acarició los largos rizos rubios, las pestañas, las blancas mejillas, y no tuvo más remedio que admitir que, en el rato que habían tardado en traerlo al campamento, las Moiras habían trabajado rápido y bien, suprimiendo los defectos que en vida pudieron afean el rostro de su jovencísimo amante. Habían dulcificado aquella expresión, que él conocía tan bien, ceñuda y caprichosa, el enfado infantil cuando no conseguía lo que quería. Sí, habían borrado, con el paño húmedo de la muerte, la lujuria, el rencor, el egoísmo y todas las demás mezquinas pasiones pasajeras que, en las remotas noches del amor, pudieron entorpecer su diáfana belleza de catorce años, dejando únicamente, entre los brazos de Aquiles, un niño dormido de enormes ojos claros y sonrisa de cristal. Suavemente, como si pudiera despertarlo, depositó el cadáver sobre la litera y abrió la coraza manchada de sangre. El cuerpo adolescente reposaba dentro del caparazón de bronce como un pájaro muerto en una jaula demasiado grande. Aquiles despidió con un gesto a Menelao y a los demás capitanes y ordenó a sus criados que lo dejaran solo.

Durante el resto del día y de la noche nadie osó interrumpir su dolor, mucho menos entreabrir, aunque fuese un instante, los cortinajes de la tienda para observar el desarrollo del duelo. Los rumores empezaron a correr por el campamento aqueo como ríos desbordados. No se oyeron llantos ni lágrimas ni súplicas ni recriminaciones a los dioses: solo silencio y, en plena madrugada, un crujido de madera rota y una disonancia, como si Aquiles, en medio de su desolación, en uno de sus paseos arriba y abajo por el interior de la tienda, hubiese pisado distraídamente el arpa. Hubo quien dijo que había perdido el juicio, si es que alguna vez lo tuvo; otros, que tanto silencio acumulado solo podía significar que Aquiles se había suicidado para acompañar a su amigo en su viaje; otros, más malévolos, que se había entregado a la última pasión, que copulaba con un muerto a las puertas del Hades, disputando su amor a dioses y gusanos.

Sin embargo, los rumores se disiparon al alba, cuando Aquiles salió con el cuerpo de Patroclo entre sus brazos, y bajó con él hasta el río. Allí, a la

vista de todo el mundo, lo lavó y lo bañó con sus propias manos, limpiando la herida del vientre, despegando la sangre encostrada en los muslos y peinando las alborotadas grebas doradas que adornaban la desmayada cabeza. Mientras Patroclo, desnudo, ojos y labios abiertos, aguardaba sin prisa, tumbado en el lecho del río, Aquiles se desvistió despacio, dejó sus ropas en la orilla, se metió en el río hasta la cintura y frotó su robusto abdomen y el pecho vigoroso hasta que todo el cuerpo brilló revestido de una impalpable armadura de sol y agua plateada. Después, ante el silencioso estupor de los aqueos, alzó la cara del cadáver, luminoso y atónito dentro de su urna cristalina, y lo besó por última vez en la boca: una pareja de dioses desnudos, chorreantes de agua, uno vivo, otro muerto, ejecutando un milenariorito fúnebre entre las ondas de un arroyo troyano.

«Tal vez deberías dedicarte a bardo», bromeé, mientras los recuerdos de la guerra pasaban a través de su mirada.

«¿Bardo? ¿Como Femio?», preguntó, como saliendo de un ensueño. «¿Quieres que vaya cantando por los caminos?».

«Al menos podrías dar otra versión de la historia», insistí. «Al fin y al cabo, tú los conociste a todos, en persona, día a día, durante nueve años. Podrías explicar sus defectos y virtudes, sus puntos flacos, en qué se parecían y en qué se diferenciaban. Acabar con esa ristra de mentiras que los bardos van cantando por las islas...».

«¿En qué se parecían? Ajax, Aquiles, Diomedes, Idomeneo, Agamenón, Palamedes... La verdad es que no nos parecíamos en nada. No teníamos nada en común, vaya pena de ejército que formábamos: siempre discutiendo, siempre borrachos, acabábamos a golpes todos los días. Todavía me pregunto cómo pudimos ganar la guerra, nos odiábamos más entre nosotros mismos que a los troyanos».

«Habría algo en común», dije, tanteando el terreno. «Helena, por ejemplo».

«¿Helena? No me hagas reír».

«Un interés económico...».

«Ninguno en común, que yo sepa, puedo asegurártelo. Cuentos que Agamenón contaba después de cada batalla».

«¿Entonces?», pregunté.

«El miedo. Ahora que lo pienso, ninguno de nuestros caudillos sabía lo que era el miedo. Ni lo conocían ni querían conocerlo. Entiéndeme, no es que fueran extraordinariamente valerosos, no, ni siquiera sabían lo que era el valor, solo eran un puñado de majaderos insensatos, borrachos de gloria, ciegos de destino». Se detuvo para tomar un sorbo: a tu padre le gustaba beber el vino muy despacio. «Puedes creerlo, sé de lo que estoy hablando. Yo había visto el miedo en muchas caras del bando troyano, había visto vacilar a Eneas, a Sarpedón, incluso a Héctor, pero nunca a Ajax o a Aquiles, y el día en que Diomedes se arrojó él solo contra toda una falange troyana...».

«Ya sería menos».

«Te juro que parecía una tempestad, no un ser humano», explicó Odiseo. «Los troyanos pensaron que se trataba del mismísimo Ares encarnado que había descendido a quemar su ciudad. Claro, que nosotros estábamos tan lejos, no teníamos que despedirnos de los nuestros cada mañana. Aquello que dijo Héctor cuando nos entregó el cuerpo sin vida de Patroclo. ¿Te imaginas? Adiós, querida, no me esperes si no he vuelto a cenar. Cómo es posible acostumbrarse a ese horror», murmuró Odiseo. Y casi en seguida se respondió a sí mismo: «Porque nosotros éramos ese horror. A medida que la vida me aleja de las costas de Troya y el mar empaña mis recuerdos, la mayor parte de las gestas guerreras se me van despintando, Penélope: las caras de los muertos se confunden en la oscuridad del Tártaro y el fulgor glorioso de aquellos días se resquebraja como una rancia costra de púrpura. Sin embargo, algunos hechos triviales han fermentado en mi memoria; a menudo pienso por qué la guerra no resiste los mordiscos del tiempo y en cambio han cruzado el mar conmigo muchas cosas a las que en su momento no les di importancia: una broma de Idomeneo mientras afilaba la lanza para distraernos de la idea de la batalla inminente; un rápido guiño de Agamenón al iniciar el reparto de un botín; uno de los largos silencios de Palamedes; tantos gestos de camaradería y amistad, no sé, un abrazo de Ajax, la tristeza de Helena al subir al barco que la alejaría para siempre de su leyenda. Pero Héctor». Odiseo negó con la cabeza ensimismado. «De todos los fantasmas de la guerra ninguno me asalta con tanta frecuencia; a veces me revuelvo en el lecho soñando que Héctor ha matado a Aquiles, que Troya ha ganado la guerra, me despierto sintiendo que debió ser así».

Odiseo suspiró, volvió a llenarse la copa.

«Todos sabían que cuando Héctor y Aquiles se enfrentaran el fin de la guerra estaría escrito. Solo que nadie quería que terminara la guerra, nos habíamos acostumbrado demasiado a ella, al polvo, al sudor, a la sangre. Era como una fiesta interminable, una orgía de espadas, una noche de amor de nueve años entre dos dioses en celo, enloquecidos, ninguno quería que asomara el día. Lo que yo no podía saber entonces es que en el instante en que Héctor inició su loca carrera, sus tres vueltas en torno a las murallas, no intentaba dominar su terror, más bien era como si quisiera enseñarnos a los griegos lo que era el miedo».

«Es imposible», dijo Ajax, sin poder creer lo que veía. «Ese que huye no puede ser Héctor».

«Claro que es Héctor», dijo Diomedes. «Reconocería su coraza en cualquier parte. Tal vez esté herido...».

«¿No veis cómo corre?», cortó Agamenón. «Ganaría unos juegos. Si todos los heridos corrieran así, jamás los alcanzaría la muerte».

«Tal vez», titubeó Ajax, «tal vez se encuentre frío antes del combate y pretenda entrar en calor. Yo mismo, muchas veces, me pongo a saltar antes de empezar la faena».

«¿Es que no lo veis? Es un maldito truco, una maniobra», exclamó Agamenón. «Espera cansar a Aquiles con una carrerita».

«¿Tú qué opinas, Odiseo?».

Yo no opinaba nada. Todos sabíamos de sobra por qué llamaban a Aquiles el de los pies ligeros y cómo la supuesta maniobra de Héctor de cansarle mediante una carrera solo desembocaría en un suicidio diferido. En cuanto a la hipótesis de Ajax, nadie se molestó en indicarle que era mediodía y que el calor del verano callaba hasta a los pájaros. Miré las murallas dibujadas en el nítido cielo azul, con las siluetas de los troyanos perfiladas como hormigas por la distancia. Entre ellos, Príamo, viendo cómo su heroico hijo huía; y Andrómaca, viendo cómo su heroico esposo huía, delante de Troya entera. En mi garganta la pena se mezclaba con la vergüenza, luchaba por subir a los ojos, nunca como entonces sentí la necesidad de la guerra y quise interponerme, parar el combate. Vámonos a casa, pensé, como si fuéramos niños

empeñados en un juego que se nos había ido de las manos, niños escapados de casa durante nueve años y que se descubren de pronto jugando no con piedras y palos, sino con espadas y lanzas y carros y caballos. Aquiles, Héctor, está bien, todos hemos demostrado lo hombres que somos, dejadlo ya. Pero todo siguió ocurriendo despacio, en una duración distendida, alargada por el calor y el crujido de las chicharras: una pesadilla lentísima.

Héctor cruzó tres veces el calvero donde se había dispuesto la celebración del duelo, y tres veces Aquiles pasó tras él, a unos segundos de distancia, feroz y sudoroso, dando gritos de rabia. Aquiles chillaba, tal vez, porque sentía lo ridículo de aquella persecución: Héctor estaba estropeando su momento más alto. Nosotros también podíamos sentirlo —el largo, inacabable decurso del silencio, los lapsos de espera entre una y otra vuelta, los pasos sonando en la espesura, acercándose, y, de súbito, los dos relámpagos de oro de las armas brillando al mediodía: Héctor volando sobre el polvo y luego Aquiles, jadeando y blasfemando—, pero había algo que era más fuerte que el ridículo, algo que hizo que las burlas nerviosas de mis camaradas se estrellaran contra el enigma impenetrable. Después, cuando hasta Agamenón había renunciado a sus chistes, y todos, griegos y troyanos, nos resignamos a permanecer allí hipnotizados, mirando para siempre, Héctor se detuvo en el mismo claro fijado para la lucha, se inclinó, las manos en las rodillas, la boca abierta, el pecho convulso por la respiración, agotado por el peso de las armas y, sin embargo, sosegado y sonriente, como si todo hubiese sido un juego más, una travesura, como si los tres círculos que había trazado en torno a los muros de la ciudad sitiada hubiesen devuelto el flujo de la sangre a sus venas y conjurado su pánico. Aquiles se detuvo a unos quince pasos de él, bufando y transpirando igual que un toro de bronce, más amenazador que nunca.

«Bien, parece que todo vuelve a su sitio, como debe ser», dijo Agamenón, chascando la lengua.

«Fijaos», señaló Diomedes. «Aquiles no sabe qué hacer ahora».

«No era para menos, ciertamente aquel era un combate muy raro. Dime, Penélope, qué puedes hacer con un héroe que no se toma la muerte en serio. Héctor se había despojado del casco para limpiarse el sudor, sopesaba la lanza con una mano y bromeaba con Aquiles sobre el calor que hacía. La dis-

tancia nos impidió distinguir nítidamente su respuesta —probablemente, un montón de palabrotas y maldiciones mirmidonas—, pero se veía que a Aquiles la carrera no le había hecho mucha gracia, lo mismo que la broma del troyano, fuese la que fuese. Entonces ladró una amenaza y tensó todo el cuerpo para arrojar la lanza; lo siguiente que vimos fue la misma lanza vibrando clavada en el tronco de un árbol lejano. Héctor evitó su trayectoria fintando con esa elegancia que tantas veces desorientara a la muerte. Después, el troyano arrojó la suya, con no demasiada confianza, es cierto, y Aquiles la desvió con el escudo, corrió gritando, desenvainó la espada y aprovechó que Héctor no había vuelto a ponerse el casco para atravesarle la garganta de un tajo».

Odiseo imitó el ruido del cuello roto.

«Eso fue todo entonces, y mucho más breve que el tiempo que se lleva en contarlo, pero hubo algo más: el modo en que Héctor dobló una rodilla con la cabeza casi desprendida del tronco y miró a Aquiles sonriendo, empezando a morir».

«¿Sonrió antes de morir?», pregunté, dejando a un lado mi labor.

«Así es», dijo Odiseo, levantándose. Desde el umbral de la puerta concluyó: «¿Sabes, Penélope? Si los dioses me permitieran bajar al Hades otra vez, no dejaría de preguntarle a Héctor por aquella sonrisa».

Fíjate cómo te estoy contando esto, hijo: tu padre siempre se está yendo de mi lado, nunca acababa de irse, quizá porque nunca había vuelto del todo. Tú aún no sabes cómo la gente aborrece los finales felices porque ni siquiera sabes lo que es un principio, porque un final feliz no solo es de mal gusto, sino que ni siquiera es un final: solo una historia inconclusa o mal cantada. Odiseo se sentía extraño porque el pueblo no comprendía ya su leyenda, él mismo se había convertido en un extraño, un bárbaro, un extranjero. Todo giraba siempre en torno al mismo punto final: la muerte heroica. Ridículo o no, lo cierto es que los griegos sentían el fin de Aquiles —muerto de una flecha clavada en el talón y un pie gangrenado— como algo propio, la suma de su destino, el último hexámetro. Y lo mismo pasaba con Agamenón des-tripado en el baño, chillando como un cerdo en el matadero, o con Ajax empalado con su propia espada. Ya ves qué difícil es separar el instante en que lo sublime se vuelve ridículo, a mí cualquiera de esos finales me lo parecía. En

cuanto a los otros, los que salieron vivos, Diomedes, Idomeneo, Menelao, los que lograron torcerle la mano a las Moiras, en fin, el mar iba trayendo y devolviendo historias que los marinos transportaban junto con sus cargas de mármol o amapolas. Ya irás conociendo todas esas historias, hijo mío: el mar las irá dejando en cada playa, siglos de sedimentos, conchas marinas, algas de palabras. Lo único común a todas ellas era que en ninguna podía reconocerse Odiseo. Hasta los propios itacenses empezaban a percatarse de que su rey estaba hecho —por emplear una metáfora troyana— de una madera distinta a la de los otros reyes. No se comportaba siguiendo el protocolo de la milenaria aristocracia aquea, no era un griego como ellos. Se dice: Helena se marchó con Paris no porque ella quisiera, sino porque el destino lo quiso. Agamenón arrasó Troya porque los dioses así lo decidieron. Un héroe de verdad no se detiene mucho tiempo a pensar las cosas: las hace y en paz. Pero a tu padre siempre le habían gustado los dados y cada vez que examinaba la partida de su propia vida, el azar de los hombres arrojados al polvo y los que cabalgaban aún sobre la tierra, se sorprendía de que alguien pudiera encontrar en ella un motivo de canto.

«Tuve suerte, es verdad, y mantuve la cabeza fría en los momentos difíciles. Tampoco es para tanto, cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi lugar, ¿no crees?».

Yo no sabía qué decirle, salvo que las leyendas empezaban a amontonarse unas sobre otras. Los rapsodas, en busca de nuevos y excitantes episodios, desvirtuaban las fuentes orales, iban maquillando la historia de tu padre, aligerando ciertos detalles, exagerando otros, hasta el punto de que su propia vida se le convirtió en un montón de mentiras.

«Vacas del sol, vacas del sol», refunfuñaba, malhumorado. «Eran delfines, con el lomo brillante por la luz de Apolo. Hijos de Poseidón, como nosotros. Lo he contado mil veces. Estábamos perdidos, llevábamos días y días sin tomar alimento. Había advertido a la tripulación que nunca ningún pueblo marino había matado un delfín, y menos para comérselo. Pero los pobres estaban tan hambrientos que aprovecharon una de mis siestas para matar dos o tres delfines y cocinarlos en cubierta. Casi al instante, el horizonte se emboironó, una tormenta tronó sobre nosotros, naufragamos. Todos se ahogaron».

«Entonces», sugerí, intentando armonizar las versiones, «puede decirse que, al fin y al cabo, Poseidón se molestó porque tus hombres devoraron a sus criaturas. Poseidón, no Apolo».

«Vacas del sol», murmuró Odiseo. «Ja».

También lo enfurecía que creyeran que era más viejo de lo que en realidad era. Una patraña que había inventado el porquero Eumeo de la manera más tonta: como no lo reconoció al principio, recién desembarcado en Ítaca, sucio, con la barba larga y descuidada, y la piel comida por la sal de los naufragios, después se inventó el cuento de que Atenea había envejecido momentáneamente a Odiseo para ponerlo a salvo de la ira de los pretendientes. Y cuando salió la mañana siguiente a la matanza, después de darse un baño, limpio de sangre, la barba recortada y rejuvenecido por el jabón, Eumeo se empeñó en decir que Atenea le había devuelto su lozanía, que mi marido había sido besado una vez más por una diosa.

«Ese maldito porquero. A lo mejor fue él quien inventó la historia de mi amistad con Atenea. Malditos sean él y sus cerdos».

«Son los tuyos, querido».

«Y todos los bardos también, de paso», añadió, sin prestarme atención. «Ya está bien de historias. No me extrañaría que Eumeo acabara de rapsoda».

Pero lo que francamente le sacaba de quicio era la leyenda del caballo de Troya, eso lo indignaba de verdad. Apretaba los puños cuando escuchaba la historia en los labios de veteranos de la guerra que venían a Ítaca solo a visitarle, a recordar viejos tiempos, soldados que habían combatido a su lado en el asalto final. Sencillamente no podía soportar aquellas fantasías sobre el gran caballo de madera, como si los troyanos, conducidos por el anciano Príamo —el monarca más grande de su época— se hubiesen dejado engatusar por una tontería así. En realidad, no le gustaba hablar de lo que pasó después de la muerte de Héctor: la guerra sin él era una cosa fea. Odiaba tener que recordar la toma de la ciudad, donde todo se resumía en un montón de cascotes, ruinas, muertos, mujeres violentadas, niños pasados a cuchillo y la gloria en ninguna parte. Al final, ya ni se molestaba en hacer callar a los viejos guerreros que rememoraban el episodio: todos los soldados apiñados unos contra otros en el vientre de madera, esperando que cayera la noche.

«Déjalos», me decía al oído. «¿No ves que son como niños, felices con su caballo de madera?».

Caballo más o menos, lo cierto es que era su vida y que, a fuerza de renunciar a sus recuerdos, Odiseo acabaría por descubrir que lo habían desposeído de todo: un rey nunca debe dudar de su corona. Una mañana fue con Telémaco a un puerto cercano a Micenas para apalabrar la compra de unos barcos. Una vez cerrado el trato y mientras los marineros aparejaban las velas, tu padre y tu hermano se entretuvieron dando un paseo por el mercado, compraron algo de fruta, bromearon con los tenderos y escucharon a los mercaderes de historias. Telémaco mordisqueaba una manzana cuando oyó cómo un bardo a sus espaldas iba narrando las aventuras de su padre, tan familiares para él. Se volvió para escuchar más a gusto y se extrañó de que aquel anciano ciego no pronunciara el nombre de Odiseo ni una sola vez.

«¿De quién estás hablando?», preguntó Telémaco.

Dos o tres mujeres del corro de oyentes se volvieron hacia él, furibundas; un pescadero le ordenó que se callase y prestase más atención. Por último, un rapsoda afable que acababa de interrumpir abruptamente su relato por ausencia de público, se acercó a él sonriendo.

«¿De dónde sales tú, muchacho, que nunca oíste hablar de Ulises de Ítaca?».

«Soy de Ítaca», contestó Telémaco, estupefacto, «y jamás oí hablar del tal Ulises».

A cambio de un par de dracmas, el rapsoda ofreció un resumen bastante pobre y bastante violento de la historia de tu padre, solo que con los nombres cambiados. En ella, Odiseo llevaba el nombre de Ulises. El rostro de Telémaco fue pasando del estupor al enojo y del enojo a la cólera: no podía creer que el pueblo hubiera olvidado el nombre de su padre tan deprisa. Cuando el bardo estaba con el tal Ulises en la isla de Calipso, llorando en las rodillas de la ninfa y pidiendo su retorno, Telémaco sintió que no aguantaba más, la sangre le hervía en las mejillas y se sintió a punto de explotar. Le contuvo el gesto de su padre detrás del rapsoda, el brazo derecho cruzado sobre el pecho y el izquierdo en ángulo, sosteniendo la barbilla. Su postura favorita, inmortalizada en jarras y ánforas.

«¿Y Odiseo?», preguntó Odiseo.

«Paciencia, paciencia, todo llegará», dijo el bardo, guiñando un ojo. «Todavía los dioses no han escrito esa parte de la historia».

«¿Pero quién es Odiseo?», insistió Telémaco, siguiendo el juego a su padre. «¿Quién dices tú que es?».

«Oye, chico, yo no digo nada. Soy un bardo profesional, qué te has creído. Me limito a repetir la tradición. Hay fuentes fidedignas».

«Está bien», dijo Odiseo, sacando otra moneda. «Abrevia».

«Odiseo, Odiseo...», murmuró el bardo, mordiendo el dracma para comprobar su valor. «Nadie sabe a ciencia cierta quién es Odiseo. Un reyezuelo local, un pretendiente más que obtuvo la mano de Penélope mediante engaños. Lo importante es que Ulises volverá algún día, si no lo ha hecho ya, y le dará su merecido, recuperará su mujer y su trono, todo lo que es suyo».

Lanzando una maldición, Telémaco echó mano a su espada y ahí hubiera acabado una prometedor carrera de bardo si no fuera porque tu padre lo contuvo a tiempo, antes de que lograra despejar la hoja de su funda. El bardo pudo escabullirse en el bullicio del mercado sin sospechar que su cuello había sido salvado por el mismo héroe al que difamaba, y mucho menos sin saber que, al perdonarle el pellejo, Odiseo y Telémaco habían intercambiado sus papeles: la noche de la matanza tu hermano intercedió ante tu padre por Femio, el pobre rapsoda que representaba a la poesía itacense y que había cantado noche tras noche para los pretendientes. Logró salvar su vida. Ahora, de manera simétrica, Odiseo salvó a otro poeta. Los dioses juegan con los hilos de nuestras vidas, hijo mío, en el tapiz del tiempo no hay una sola hebra dejada al azar.

«Debí haberle cortado la cabeza», comentó Telémaco de regreso al barco.

«¿Acaso no te he enseñado nada, muchacho?». Odiseo sonrió. «Nunca descubras tus emociones a destiempo».

«Pero ese hombre mentía, te insultó a ti y también insultó a mi madre».

«Bah, no hagas caso. No era más que un bardo inepto que ha mezclado dos rapsodias: la mía y la venganza de Orestes».

«Al menos tendrías que haber dejado que le cortara la lengua», insistió Telémaco. «Así los bardos aprenderían a consultar sus fuentes y a contar bien sus historias».

«Acabarías con la poesía griega en menos que canta un gallo», dijo Odiseo con una carcajada, subiendo al barco.

«Desde luego, no me extraña que la mayoría acaben ciegos».

«La mayoría empiezan ciegos. ¿Por qué crees que se dedican a esto?».

«Puede ser», concedió Telémaco, no muy convencido. «Pero una cosa es ser ciego y otra sordo».

Sin embargo, aunque logró ahuyentar de momento la duda en el espíritu de tu hermano, Odiseo se despertó esa noche de un mal sueño: soñó que se encontraba solo en alta mar, sobre una tabla guiada por Poseidón, llevando el nombre de Nadie. No importaba si Ulises era solo la invención de un bardo chismoso (ya se había dado el caso de reyezuelos envidiosos que habían sobornado a algunos bardos para que pregonaran las hazañas de otros con sus propios nombres); lo cierto es que, de algún modo, Ulises corporeizaba todo el descontento que los griegos empezaban a sentir hacia Odiseo, tal vez porque podían perdonarle que hubiera salido indemne de la guerra, que sobreviviera a diez años de navegaciones e incluso a un congreso semanal de pretendientes, pero no que renunciara a su leyenda.

Salvo Helena y Menelao —que seguían absortos en su felicidad, pasando una especie de segunda luna de miel eternizada—, Idomeneo, Diomedes, algunos otros héroes y un puñado de veteranos dispersados por toda la Hélade, Odiseo era el último resto vivo de la guerra de Troya, una curiosidad que visitar después del túmulo de Aquiles. Él mismo se sentía una especie de reliquia, un muerto prematuro, un recuerdo del Hades. Cuando un viajero o un mercader llegaba a Ítaca tenía por costumbre, después de ofrendar el acostumbrado sacrificio a Poseidón por la travesía, preguntar por Odiseo. Y cuando alguno de los pescadores le señalaba a aquel hombre calvo, pero todavía fuerte, que aparejaba una barca o que paseaba por la playa con su hijo, un aire de inevitable decepción recorría la cara del forastero. ¿Qué iba a contar a su regreso? ¿Que había visto al héroe tomando arenques en una taberna, departiendo tranquilamente con sus amigos? Lo peor de todo es que la decepción parecía contagiosa: pronto contaminaría a los itacenses. Más tarde o más temprano, dentro de unos cuantos años, la leyenda de Ulises acabaría por llegar a la isla y borrar su pasado. Un día cualquiera sus súbditos empezarían

a mirar con recelo a su monarca y esa mañana Odiseo se encontraría reviviendo la pesadilla de su retorno a Ítaca: nadie lo reconocería, nadie creería en él, estaría muerto para todos.

Ese día llegó, hijo mío. De los tiempos de espera me ha quedado un insomnio tenaz y la costumbre de agotarlo tejiendo tapices inútiles. En la alta noche Odiseo entraba, extrañado por mi ausencia del lecho, y me buscaba sonámbulo hasta que me encontraba en mi taller, inclinada sobre el telar a la luz de la luna. En ocasiones no decía nada, seguía andando dormido y volvía a acostarse; pero otras veces hablaba, ya estaba acostumbrada a oírle hablar en sueños, murmurando incoherencias. Sin embargo, aquellas noches su voz sonaba hueca y vieja, entorpecida, como la de un fantasma oculto tras una máscara en una de nuestras rancias tragedias.

«La marea te lo da, la marea te lo quita», decía, de pie, en el umbral, con los ojos abiertos en medio de un sueño, sin ver nada. «¿Qué tejes, Penélope? ¿No estarás tú también esperando a Ulises?».

Supongo que yo misma, pálida y despeinada, esforzándome sobre el telar, bañada por la luna, también parecía un fantasma. Así, por las mañanas, nuestro recuerdo era tan vago que ninguno de los dos podría jurar que no lo había soñado. Mira bien: a eso quedaron reducidas nuestras vehementes noches de pasión, nos habíamos querido tanto, nuestros corazones ardieron durante tantas noches que ya solo quedaban cenizas.

Apenas salía a la calle; se quedaba vagando por el palacio como si su propia casa hubiese dejado de pertenecerle. De nada servía que yo le enseñara sus pertenencias, sus regalos de boda, las armas que le dio Idomeneo, las telas que yo amaba tanto porque había puesto en ellas los hilos que me lo devolvieron vivo. A fuerza de rechazar su leyenda, de distinguir entre sus recuerdos verdaderos y los oficiales, había terminado por extraviar su pasado. Todo aquello tan querido, todo lo que durante años y años había amueblado mi vida, eran solo restos del lento naufragio común de nuestro matrimonio. Dime qué podía hacer yo para que regresara a casa, si esta casa ya no era la suya. Había vuelto al tiempo en que rumiaba a solas sus propósitos, escondiéndolos detrás de sonrisas y comentarios triviales, pero ahora parecía tan solo y tan viejo que daba lástima. Deambulaba por los rincones del palacio



como si se buscara a sí mismo, al joven que fue, y por las tardes se quedaba mirando el mar, impaciente, anhelante, oyendo su cadencia romper contra la costa.

No sé si él oía lo que yo. Yo sentía un mar privado, tan diferente al mar que nos recibió con guirnaldas de espuma el día de nuestra boda, tan distinto al mar en calma de nuestra juventud como al mar sangriento de los crepúsculos en los tiempos de guerra, como si fuesen otras aguas, olas distintas, océanos ajenos. La tarde estaba muriendo. Apoyado en el muro de la terraza, él miraba a lo lejos; yo, a las olas suplicando en la playa. Tenía ya el horizonte metido en la mirada: cuando me miró a los ojos supe que ya se había ido.

«En el fondo», dije, «no me explico que hayas vuelto a mí, una simple mortal, después de haber probado el lecho de una hechicera, vivido con una ninfa y tonteado con una diosa».

A veces calmaba mis celos tomándole el pelo con el recuerdo de sus infidelidades. Y aunque habíamos convenido muchas veces que la gente cree lo que le da la gana, el asunto le ponía incómodo, de modo que carraspeó e intentó cambiar de tema.

«Sabes que no me importan en absoluto esas historias», insistí, «lo que no es lo mismo que creer en ellas. De hecho, también yo soy otra de tus historias. Por ejemplo, el cuento del tapiz interminable».

«¿Qué quieres decirme?», respondió. «¿Que no eres tan fiel como en la leyenda? ¿Que alguna vez me engañaste con uno de los pretendientes?».

«Quiero decir que es absurdo tomarse las historias al pie de la letra. Precisamente porque solo son lo que parecen».

Odiseo se inclinó sobre la terraza, coqueteando con la idea de arrojarse al mar. No podía creer que estuviera tan impaciente.

«Historias, historias, historias», gruñó Odiseo. «No te das cuenta, Penélope, y sin embargo, hablas como ellos. Zeus bendito, esto no es una historia: es solo vida».

¿Había dicho yo alguna vez lo contrario? Pero Odiseo no me dejó replicar, siguió hablando atropelladamente.

«Somos tú y yo, en carne y hueso, no dos puñeteros nombres que recorren la Hélade».

Asentí. Tomé una de sus manos y la puse sobre mi pecho izquierdo para corroborar sus palabras, para que, bajo la tela y la piel, el suave latido de mi corazón lo convenciera. Dejó su mano ahí, indecisa, pensativa.

«¿Tanto te molesta la fama, andar de boca en boca?».

«Son las mentiras y las exageraciones las que me molestan. Aquí tienes mi palacio: no está hecho de mármol y recubierto de joyas como el de Príamo. Tampoco soy tan noble como lo fue Héctor, ni tan valiente como Aquiles. No puedo competir con los muertos: eso es todo».

«Eso sí que tiene gracia», dije. «Seguro que en el infierno los héroes muertos están celebrando unos juegos en tu honor mientras aguardan que bajes a reunirse con ellos».

«Ya bajé una vez», dijo en un susurro, retirando su mano de mi pecho, volviendo la mirada al mar.

«¿Por qué te atormentas de ese modo, Odiseo? ¿Preferirías haber muerto en Troya y ser un héroe certificado por la tradición? ¿Quieres que te dé un premio por haber vuelto vivo a Ítaca?».

Lo abracé y lo besé en la boca, pero sus labios estaban muy lejos.

«Dime en qué estás pensando ahora».

«En Ulises. He buscado por todas partes, he enviado heraldos en su busca. Pero nadie me ha traído noticias de él ni de su linaje».

«Pero si Ulises no existe, amor mío», dije. «No es más que un fantasma, un nombre, la ilusión de los griegos por que regreses».

«Yo ya regresé, Penélope».

«Sí, pero algunos prefieren seguir esperando. Hay quienes anhelan la felicidad y luego no la soportan. Es mucho más cómodo vivir en la espera. Tú mismo lo has dicho. Muchas veces».

«¿Qué?».

«Los griegos. Somos tan crédulos, tan sensibles a la belleza que nos dejaremos engañar con cualquier mentira con tal de que sea más hermosa que la verdad».

«Menuda idiotez», resopló.

«¿Sí? ¿Y aquello que me contaste? ¿Cuando Menelao entró en la estancia de Paris y vio a Helena y Helena lo vio a él, abrió los brazos y le dijo: “Bien,

aquí me tienes, para esto tanto odio”; y él solo la miraba y la miraba, furioso y desconsolado y al fin gimió: “No puede ser, tú no eres Helena, Helena era mucho más bella”?».

«Es verdad», concedió Odiseo. «Eso sí es verdad».

«Entonces, ¿por qué darle importancia a lo que diga la gente?».

«Qué sabes tú lo que dice la gente, Penélope».

«Lo sé».

«No hablan solo de Ulises». Se volvió hacia mí. «Hablan también de ti, de la luz que arde encendida en tu ventana por las noches cuando crees que sigo dormido, de la tela que sigues tejiendo mientras esperas... ¿qué? ¿Qué esperas? Dímelo tú».

«¿No lo sabes?», respondí. «¿Aún no lo sabes?».

«¿Por qué tejes ahora? ¿Por qué sigues tejiendo de noche, Penélope?».

Entonces era cierto, el día que tanto temíamos había llegado ya. Los mismos pescadores que besaron el suelo del salón —todavía sucio de sangre y miembros cercenados— donde Odiseo perpetró la matanza, lo miraban ahora con desconfianza, con temor, como si fuese un pretendiente más, un usurpador y no un laertíada legítimo. ¿Qué esperaban? Nada. Un conjunto de sílabas, un suspiro, un nombre.

¿Qué podía contestarle? ¿Que quizá Cronos se había vuelto loco y no hacía sino danzar y danzar, devorándonos a nosotros, sus nietos? ¿Que él mismo, Odiseo, estaba prisionero para siempre en uno de los remolinos de Poseidón, aferrado a un bucle de tiempo junto con los restos de su nave? ¿Que lo demás era un sueño o un recuerdo, incluidos el retorno y la matanza y mi amor, porque en verdad él nunca había regresado a Ítaca? ¿Es que era necesario que le dijera que lo esperaba a él, a Odiseo, mi marido, mi vida, el amor de mi vida, una noche tras otra, que era a él a quien esperaba, ardiendo de deseo, desde aquella mañana en que empecé a tejer su partida?

Al amanecer, Telémaco entró en mi cuarto y me encontró tumbada sobre la cama con los ojos abiertos. Estaba adormilado, muerto de sueño. Tu padre había entrado en plena noche, lo despertó para entregarle un pequeño estuche. Le dijo que no lo abriera hasta la mañana y que siguiera durmiendo: no había por qué alarmarse. Pero tu hermano no pudo sino dar vueltas y vueltas en el

lecho hasta que se decidió por fin a despertarme, incapaz de romper su promesa. Para ser hijo de quien era, no era muy espabilado, la verdad. Me entregó el estuche. No me hacía falta abrirlo para comprobar que dentro estaba el sello de Laertes; lo que quería decir la renuncia de Odiseo al trono, el edicto de sucesión. Fui hasta la terraza, Telémaco me siguió atontado, ahogando un bostezo. En la calma cristalina del alba una barca solitaria se hacía a la mar, un hombre solo faenaba en cubierta.

«¿Es papá?», preguntó tu hermano con la voz cargada de sueño. «¿Qué hace? ¿Va de pesca? ¿A dónde va tan solo?».

No lo sabía, hijo mío. Me volví hacia el telar: el tapiz estaba inconcluso, los colores se habían terminado. Yo, que siempre había tenido respuestas para todo, para nueve años de guerra y diez de incertidumbre, en una sola noche me había quedado sin palabras.

Pero hay una cosa más que no he contado a nadie. Aquella noche, mientras tejía en la soledad del taller, Odiseo entró sin llamar y, como un sonámbulo, me cogió en brazos y me llevó en vilo hasta el lecho. Ambos sabíamos que era la despedida, sin embargo no hablamos, no lloramos, no cruzamos una sola mirada. Pero pude sentirlo dentro de mí, diciéndome adiós con todo —el fuelle del aliento, la saliva entregada en los besos, el remero enloquecido del corazón— e incluso, en el momento más alto del placer, mientras me poseía lentamente, tristemente, pude sentir un millar de navegantes infinitesimales remontando por mis entrañas, una miríada de marinos minúsculos, cada uno repitiendo su particular odisea, cada uno emulando el esfuerzo y el tesón de su padre, nadando, luchando, gimiendo, dejándose la vida por llegar a Ítaca. Entre ellos ibas tú, hijo mío.

Entonces, al ver la nave perderse en el horizonte bajo los labios rosados del alba, recordé nuestra despedida, los miles y miles de odiseos que habían muerto en mi interior y los que seguirían muriendo en mi memoria, y por primera vez supe lo que era la vejez, la sombra del tiempo cayendo sobre mí como un árbol deshojándose, y supe también que era demasiado tarde para esperarlo otros veinte años. Tu tía Helena no se lo pensaría dos veces, me diría: «¿Crees que tiene derecho a tratarte así, por muy héroe que sea?». No lo sé, no lo sé, pequeño. A lo mejor él puede seguir así toda la vida, yéndose

y volviendo, atado a la marea, pero me temo que yo ya no puedo soportar la espera. Dime qué puedo hacer salvo pedir más hilos, sentarme en el telar, tejer esta historia, dejarla consignada en una tela, cifrada en una falsa perspectiva de jardines con sátiros, ninfas y dioses enamorados, mientras aguardo que tú nazcas y el tiempo borda las canas de mis sienes.